AH
037

Género en el Desarrollo

2659
D.00741

PUNTOS de encuentro

Género, adultismo y relaciones de poder

"La Universidad de las Mujeres"

¡Bienvenidas al curso "GENERO, ADULTISMO Y RELACIONES DE PODER"!

Queridas amigas:

En esta carpeta hemos seleccionado una bibliografía básica para iniciar el estudio de los dos temas centrales de este curso. Estos son: a) la construcción de la condición juvenil y de género, y b) el sexismo y el adultismo, como sistemas de relaciones de poder que se entrecruzan y refuerzan entre sí.

El proceso de transformar relaciones de poder entre las personas, por otras que sean de respeto y solidaridad, necesariamente debe pasar por el análisis de aquellos elementos que dan origen a las distintas formas de desigualdad social. Un cambio en las relaciones sociales implica des-aprender lo que nuestra cultura nos ha enseñado. Podemos lograr este des-aprendizaje convencidas y convencidos de que nuevas relaciones sociales entre los géneros y entre las generaciones nos producirá beneficios, aún cuando también tiene sus costos.

Les entregamos esta carpeta con el deseo de que su lectura enriquezca sus ideas y les facilite una participación activa en este intercambio que vamos a iniciar.

Cariñosamente,

Colectivo de trabajo de
Puntos de Encuentro
Universidad de las Mujeres

CONTENIDO

1. Teresita de Barbieri
   Sobre la categoría género. Una introducción teórica metodológica.

2 Graciela Ferreira
   La educación que nos dieron y la que nos negaron

3. Marcela Lagarde
   Identidad y subjetividad femenina

4. Marcela Lagarde
   La subversión y la transgresión

5. John Bell
   El adultismo y el papel de los adultos en el desarrollo del liderazgo juvenil

Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica

Teresita de Barbieri

En: Isis Internacional, FIN DE SIGLO. GENERO Y CAMBIO CIVILIZATORIO. Ediciones de las mujeres, No. 17, pp. 111-128, Chile, 1992.

GUIA DE ESTUDIO

* ¿Qué es el sistema sexo/género?

* ¿Cómo nos permite entender el sistema sexo/género la subordinación de las mujeres?

* Las relaciones de poder dentro del sistema sexo/género ¿qué aspectos de la sociedad nos permiten analizar en las siguientes áreas: sexualidad, división social del trabajo, política y subjetividad de las mujeres?

* Articular el sistema sexo/género con otros sistemas de desigualdad social, ¿cómo amplia tu análisis de la sociedad y sus posibilidades de transformación?

* ¿Según Barbieri, cuáles son, en la actualidad, las limitaciones de la teoría de género para explicar las relaciones entre hombres y mujeres en la sociedad?

Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica[1]

Teresita De Barbieri

1. Los movimientos feministas, resurgidos en los sesenta, se exigieron y fueron exigidos de comprender y explicar la condición de subordinación de las mujeres. Las primeras militantes rápidamente diagnosticaron que en las disciplinas sociales y humanas hasta ese momento, no había información suficiente que diera cuenta de tal subordinación; que los cuerpos teóricos o bien no trataban la desigualdad entre varones y mujeres o bien la justificaban; que no había una historia al respecto que mostrara la génesis y desarrollo de la dominación y predominio de los varones sobre las mujeres[2].

---

1. Este artículo es la versión escrita, ampliada y corregida de la conferencia realizada en el marco del Taller sobre derechos reproductivos organizado por PRODIR, que tuvo lugar en Sao Paulo del 3 al 7 de diciembre de 1990. Estoy en deuda con las y los participantes del taller por los comentarios y críticas a quienes me es imposible identificar. Una versión más trabajada contó con las opiniones y sugerencias de mis colegas del II SUNAM: Raúl Benítez Zenteno, Regina Jiménez-Ottalengo, René Jiménez, Humberto Muñoz, Eva Ramírez, así como de Fernando Cortés, Héctor Hernández Bringas, Lorenia Parada y Martha Judith Sánchez. Mary Goldsmith y Nelson Minello tuvieron la paciencia de leer y cuestionar diferentes redacciones. Con Antonieta Torres Arias, Marta Lamas y las compañeras de *Debate feminista* estoy en deuda por las pláticas y discusiones de muchos años. Pero todas y todos están eximidos de responsabilidad alguna.

2. El nuevo feminismo que aparece en los años sesenta en los países desarrollados, parte y se desarrolla en sociedades que previamente habían acordado el reconocimiento de los derechos humanos contenidos en la declaración respectiva de las Naciones Unidas. Es la extensión de este reconocimiento de las mujeres como sujetos de derecho inalienables e imprescriptibles el ambiente en el que se gesta y desarrolla el movimiento. En otras palabras, puede decirse que el movimiento feminista, en última instancia y más allá de sus diversas orientaciones políticas y teóricas, es la extensión de ese código ético elemental que es la Declaración de los Derechos Humanos, a una categoría social que hasta ahora, a pesar de todo, no goza de los mismos en muy diferentes aspectos de la vida. En el movimiento feminista, por lo tanto, hay un componente ético y moral que no puede soslayarse ni confundirse con moralismos y moralinas necesarias de desterrar.

Mediante el ejercicio de intuición y razón a la vez, las feministas lanzaron una primera hipótesis: la subordinación que afecta a todas o casi todas las mujeres es una cuestión de poder, pero éste no se ubica exclusivamente en el Estado y en los aparatos burocráticos. Sería un poder múltiple, localizado en muy diferentes espacios sociales, que puede incluso no vestirse con los ropajes de la autoridad, sino con los más nobles sentimientos de afecto, ternura y amor.

En la euforia del nacimiento de los grupos y las movilizaciones, la primera actitud fue parricida. "Debemos olvidar lo aprendido" –se decía– "sólo rescatar algunos autores y autoras que como Federico Engels y Simone de Beauvoir fueron objetivos y se colocaron de parte de las mujeres". La propuesta primera llamaba a construir una teoría revolucionaria capaz de quebrar el orden existente desde nuestras experiencias cotidianas.

El reto era inmenso y soberbio. Nada menos que hacer tabla rasa de todo lo anterior: rechazar todas las herencias culturales, las formas de pensar, los instrumentos para observar, las ideas y los valores en los que nos formamos.

Pero el problema no era fácil. ¿Cómo construir teóricamente una diferencia del orden de la naturaleza y objeto de estudio de las disciplinas biológicas en un fenómeno social, objeto de estudio de las ciencias sociales y las humanidades?

Una vez más se volvió a plantear la relación entre naturaleza y cultura y a revitalizar las hipótesis del determinismo biológico en la explicación de la desigualdad social y política. Y una vez más se llegó a la conclusión de que la variación de los comportamientos sociales están más allá de las diferencias biológicas[3], porque entre los seres humanos hasta la satisfacción de las necesidades más elementales de la sobrevivencia –alimentación, vivienda, vestuario, etcétera– están determinadas por construcciones sociales[4]. Para quienes nos formamos en la sociología, la apuesta era reeditar a Durkheim en el célebre capítulo sobre "El suicidio anómico" reemplazando el tiempo físico por la diferencia sexual, pero a sabiendas de que una forma de suicidio es más simple y coyuntural que una diferencia corporal que pesa desde tiempos inmemoriales.

Una de las primeras propuestas identificó la subordinación femenina como producto del ordenamiento patriarcal, tomando la categoría patriarcado de Max Weber, como lo dice claramente Kate Millet. La organización social actual no habría cambiado en esencia, sino sólo en apariencia, el orden existente en las sociedades arcaicas bíblicas. Los varones de la actualidad tendrían pocas diferencias con los padres que disponían de la vida y de la muerte de hijos, esclavos y rebaños. Es ése el ordenamiento social a destruir para liberar a las mujeres, que sería

---

3. Para una reseña del debate véase Lamas (1986).
4. Un ejemplo en relación con la construcción social del sentido de la alimentación la ofrece Duby (1983) en su análisis de la economía europea en la Edad Media.

a la población femenina lo que el capitalismo a la clase obrera.

Rápidamente, la visión totalizadora del patriarcado se extendió y se incorporó al discurso político y en el hacer académico. Pero no se precisaron –porque evidentemente no había información, ni reflexión, ni tiempo como para hacerla– los elementos constitutivos del sistema: núcleo del conflicto, componentes, dinámica, desarrollo histórico, variaciones, períodos, etcétera. La categoría patriarcado resultó un concepto vacío de contenido, plano desde el punto de vista histórico, que nombraba algo, pero no trascendía esa operación, de tal vaguedad que se volvió sinónimo de dominación masculina, pero sin valor explicativo. Desde el punto de vista político pudo ser útil para la movilización, pero no resistió la polémica con los críticos del feminismo ni permitió dar cuenta de los conflictos inmediatos a resolver en la práctica del movimiento.

De manera paralela, un contingente variado de mujeres académicas en muy diversos países se dieron a una tarea más pequeña, pero que a la larga resultó más fructífera. En lugar de pensar en construir la teoría producto de un parto como el de Palas Atenea pero en cabeza de mujer, se propuso generar conocimientos sobre las condiciones de vida de las mujeres; rescatar del pasado y del presente los aportes de las mujeres a la sociedad y la cultura; hacerlas visibles en la historia, en la creación y en la vida cotidiana. En principio, una postura más empirista, que partía de reconocer las carencias de información y reflexión existentes. Nacen desde entonces en los centros académicos y en organizaciones no gubernamentales los proyectos, programas, institutos y centros de "estudios sobre la mujer" o "sobre las mujeres"[5], que se multiplican en diferentes países del mundo. Y aún cuando se siguió escuchando un discurso parricida, en la práctica de la investigación, no rompieron con los andamiajes teóricos y metodológicos de las disciplinas en que se formaron, aunque fueron sometidos desde entonces a la crítica constante.

Convendría distinguir desde esos momentos, dos posturas diferentes que han acompañado a la investigación sobre las mujeres: una que centra el objeto de estudio en las mujeres, es decir, en generar, acumular y revisar información e hipótesis sobre las condiciones de vida y de trabajo, la creación y la cultura producida por las mujeres. Otra que privilegiará a la sociedad como generadora de la subordinación de las mujeres. Para ambas posiciones, construir una teoría es a la vez un proceso largo y lento, que requiere de información muy abundante, de buena información del presente y del pasado y de un ejercicio permanente de diálogo entre hipótesis y datos. Para ambas posiciones la apuesta académica consistió en construir objetos de estudios a

---

5. El empleo de la palabra en singular o plural no es teóricamente irrelevante, puesto que *la* mujer hace referencia a una esencia femenina única (el eterno femenino), ahistórica, de raíz a la vez biológica y metafísica. En tanto que *las* mujeres expresa la diversidad e historicidad de situaciones en que se encuentran las mujeres.

partir de recortes de la realidad empíricamente observables, que permitieran formular hipótesis plausibles y teorías de alcance medio, con un asidero más cercano a lo real. Se trataba de ir poco a poco definiendo el sexo social, es decir, observar, dimensionar, dar explicaciones coherentes a los hallazgos acerca de la sociedad dividida en sexos. Renovar y crear técnicas de recolección de información y análisis de los datos apropiadas a los objetos de estudio construidos. La elaboración de la teoría quedó pospuesta en el corto plazo, mas no abandonada.

Las dos posiciones reconocieron que el problema no era simple, localizado en un nivel, aspecto o problema. Todas las disciplinas sociales y humanas tenían que ser revisadas y por lo tanto, todas estaban convocadas a realizar sus aportes. Ambas planteaban la necesidad de acotar los objetos de estudio en el tiempo y en el espacio y controlar dimensiones tales como condiciones de clase o estatus, localización, grupos de edad, estado civil, etcétera. Pero mientras la primera perspectiva puso el énfasis en la generación de conocimientos sobre las mujeres y los determinantes de sus condiciones sociales, con un claro predominio del estudio de las relaciones mujer-varón y mujer-mujer (Hartmann, 1979), para la segunda, las premisas más generales, explícita o implícitamente formuladas sostenían:

a) la subordinación de las mujeres es producto de determinadas formas de organización y funcionamiento de las sociedades. Por lo tanto, hay que estudiar la sociedad o las sociedades concretas.

b) no se avanzará sólo estudiando a las mujeres, el objeto es más amplio. Requiere de analizar en todos los niveles, ámbitos y tiempos las relaciones mujer-varón, mujer-mujer, varón-varón.

Es en esta búsqueda donde surge y se expande el concepto de género como categoría que en lo social, corresponde al sexo anatómico y fisiológico[6] de las ciencias biológicas. El género es el sexo socialmente construido[7].

Rubin (1986) lo define como: *El conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y en el que se satisfacen esas necesidades humanas transformadas.*

En otras palabras: los sistemas de género/sexo son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anátomo-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general al relacionamiento

---

6. En la especie humana se distinguen varios niveles de la diferencia sexual: el sexo cromosómico, el gonadial, el hormonal, el anatómico y el fisiológico. Pero este conocimiento es muy reciente en la historia humana, por lo que puede suponerse que los sistemas de géneros se han constituido a partir de la observación de las diferencias anatómicas y fisiológicas que no han necesitado de microscopios electrónicos para hacerse evidentes.
7. Para una revisión exhaustiva de la literatura sobre la categoría género desde el punto de viste antropológico y de la historia del concepto véase el importante trabajo de Lamas, 1986.

entre las personas. En términos durkheimianos, son las tramas de relaciones sociales que determinan las relaciones de los seres humanos en tanto personas sexuadas.

Los sistemas de sexo/género son por lo tanto, el objeto de estudio más amplio para comprender y explicar el par subordinación femenina-dominación masculina. La apuesta es estudiar estos sistemas de acción social y el sentido de la acción en relación con la sexualidad y la reproducción. Se trata de una categoría más neutra que patriarcado, como señala Rubin (op. cit) –un concepto de mayor generalidad y comprensión– puesto que deja abierta la posibilidad de existencia de distintas formas de relación entre mujeres y varones, entre lo femenino y lo masculino: dominación masculina (patriarcal, pero otras posibles no necesariamente patriarcales), dominación femenina o relaciones igualitarias. Deja además abierta la posibilidad de distinguir formas diversas en períodos históricos diferentes y como utopía, pensar la liberación de las mujeres desde otras maneras distintas de organización social.

Esta es la ruptura epistemológica de la que se habla en la filosofía, tal vez la más importante de los últimos veinte años en las ciencias sociales (Harding, 1988; Fraser, 1989). Se trata del reconocimiento de una dimensión de la desigualdad social hasta entonces no tratada, subsumida en la dimensión económica, ya en las teorías de las clases, ya en las de la estratificación social.

2. Una lectura de la literatura existente da muestras claras de que las cosas no son sencillas en esta materia. Una pregunta es si el grado de elaboración de la investigación en las distintas disciplinas sociales y humanas permite hablar de una teoría. Pienso que estamos frente a conjuntos de hipótesis que no han pasado la etapa de prototeorías o a lo más a teorías de alcance medio, pero que faltan aún muchos vacíos sustantivos y metodológicos por llenar.

Convendría distinguir las diversas maneras en que se emplea la categoría género y el concepto de género, puesto que la literatura existente a comienzos de los años noventa nos muestra usos no unívocos de la palabra. Muchas/os autoras/es sustituyen sin más la palabra sexo por género, en un proceso muy entendible (aunque no exento de frivolidad) una vez que este último concepto se extiende y se pone de moda. Por ejemplo, en los estudios de tipo macrosocial –en la demografía, del mercado de trabajo, la educación, el comportamiento político, etc.–, a la desagregación por sexo se le llama género, pero no se llena de contenido la categoría, ni se explicita a qué hace referencia. El comportamiento diferente entre uno y otro sexo se analiza e interpreta como valores distintos de una misma variable independiente, pero no se le da el contenido de una construcción social compleja, más allá de la diferencia sexual anátomofisiológica.

Algo similar ocurre cuando la palabra género sustituye a mujeres. Joan Scott (1990) señala que es frecuente en publicaciones e investigaciones históricas hablar de "género e historia", cuando en realidad son

estudios de historia de mujeres. Esta observación puede extenderse a otras disciplinas sociales y humanas, y que deriva en lo que en forma un tanto despectiva se denomina "mujerismo" académico.

Lo anterior no quiere decir que tanto las investigaciones macrosociales como las históricas, los estudios de caso, etc., que describen en un momento o lapso determinados aspectos de las condiciones de vida de las mujeres o de las mujeres y de los varones no sean útiles, correctas y necesarias. Pero la categoría género es algo más y requiere de dar espacio a la búsqueda de sentido del comportamiento de varones y mujeres como seres socialmente sexuados. Es decir, tener en cuenta que hay una serie de determinaciones sobre las mujeres y sobre los varones que se expresan en, y a la que responden los comportamientos observados.

En la bibliografía sobre la condición de las mujeres que conozco, yo distingo tres perspectivas u orientaciones teóricas distintas[8]. Una primera es la denominada "las relaciones sociales de sexo"[9], que privilegia la división social del trabajo como núcleo motor de la desigualdad. Esta corriente ha desarrollado importantes investigaciones acerca de la inserción femenina en el mercado de trabajo, la participación sindical y el cambio tecnológico, se desenvuelve en Francia y una de sus principales exponentes es Danielle Kergoat. En esta perspectiva, el peso teórico del marxismo es muy claro y en particular los estudios sobre la reproducción, aunque no significa que todos los aportes al género que incorporan la perspectiva marxista se afilien a esta corriente.

Entre quienes estudian la diferenciación desde el género, están –por una parte– las autoras y autores que lo conciben como un sistema jerarquizado de status o prestigio social. Se trata de una perspectiva que en términos generales no ha roto con el funcionalismo sociológico y que en la recuperación de la teoría psicoanalítica, se afilia a las denominadas corrientes del yo, que dan el peso mayor a la socialización como aprendizaje de papeles que se repiten a lo largo de la vida. La autora más conocida es Nancy Chodorow (1978) a partir de su estudio de la maternidad. Otra perspectiva considera los sistemas de género como sistemas de poder, resultado de un conflicto social. Las jerarquías sociales entre los géneros responden más que a prestigio, a resoluciones del conflicto desfavorables hasta ahora para las mujeres frente a los varones. Esta corriente parte del análisis pionero de Gayle Rubin (1986), en el que somete a una crítica feminista las teorías de Lévi-Strauss sobre el parentesco y el psicoanálisis en la vertiente lacaniana. Según esta autora, estas serían las dos principales teorías en las que la diferencia sexual tiene un lugar privilegiado y por encima de

otras diferencias[10]. Los desarrollos posteriores han incorporado otras hipótesis y lineamientos provenientes de las teorías del conflicto y del poder y recogen los aportes del posestructuralismo —Foucault, Deleuze, Derrida, entre otros. Se trata de una perspectiva en la cual los fenómenos sociales (siguiendo metodológicamente a Marx), se definen por las relaciones que guardan entre sí. De ahí que la contextualización se vuelve un principio de primer orden a todo lo largo del proceso de investigación, desde la construcción de los objetos de estudio hasta el análisis de la información y la interpretación de los resultados.

3. Me detendré en esta última perspectiva porque estoy convencida que es la que abre más posibilidades para el análisis de los géneros en América Latina. Para una mejor comprensión, debemos volver a las diferencias anátomo-fisiológicas de los cuerpos humanos. Varones y mujeres tenemos la capacidad desde muy temprano en la vida de producir con el cuerpo. Varones y mujeres tenemos la posibilidad de producir placer en el cuerpo del otro/a. Pero sólo las mujeres tenemos un cuerpo que produce otro cuerpo (Torres Arias, 1989). Mujeres y varones somos imprescindibles para la fecundación, pero sólo el cuerpo de las mujeres ha asegurado hasta ahora –y pese a los intentos desmedidos de cierta ciencia por eludirlo–, la sobrevivencia del huevo fecundado y por lo tanto de la especie humana. Todo grupo humano que pretenda sobrevivir, debe asegurarse la existencia de un cierto número de mujeres púberes que puedan reproducirlo. Hasta ahora, cualquier varón que desea realizar su posibilidad de paternidad biológica debe asegurarse una mujer dispuesta a gestar, parir y cuidar el fruto de la concepción. Si además desea ejercer la paternidad social sin desarrollar muchos esfuerzos, debe asegurarse una mujer dispuesta a acompañar el largo y lento proceso de maduración, aprendizaje, socialización, es decir, realizar la maternidad social. Por lo tanto, todo varón que busque trascender la muerte a través de la procreación debe pactar con una mujer durante un lapso de nueve o más meses. En sociedades que se proponen sobrevivir por más de una generación –y parece ser que han sido muy pocas las que no se lo han propuesto a lo largo de la historia conocida– el cuerpo femenino en las edades reproductivas es valioso y ahí hay un poder particular, específico del cuerpo de las mujeres. Aclaremos: no es que el cuerpo femenino como entidad biológica tenga poder; son las sociedades las que le otorgan poder. ¿Quién o quiénes controla/n la capacidad reproductiva de las mujeres? ¿Cómo ejercer el control sin eliminarlas o destruirlas?

Pero para asegurarse un control efectivo sobre la reproducción, es necesario actuar también sobre la sexualidad, puesto que lo que analí-

---

10 Rubin sostiene que *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels, es un libro frustrante para los/as lectores/os que conocen las investigaciones antropológicas más recientes. "Sin embargo, las limitaciones del libro no deben disimular su considerable penetración. La idea de que las 'relaciones de sexualidad' pueden y deben distinguirse de las 'relaciones de producción' no es la menor de las intuiciones de Engels" (1986:102).

ticamente puede separarse, tiene dificultades en el plano de la práctica. En otras palabras, controlar la reproducción de manera que el o los varones puedan reclamar derechos sobre el producto específico de las mujeres, requiere de reglamentar el acceso al cuerpo femenino: ¿quién o quiénes tienen las preferencias en el acceso sexual? ¿Quién o quiénes pueden tener con ella o ellas relaciones sexuales? ¿Cómo crear mecanismos que aseguren a la vez la exclusividad o la preferencia pero que no lo impidan de por vida?

Controlar el cuerpo de las mujeres lleva a dirigir el trabajo de las mujeres, de manera de no dejar capacidad que se escape. Porque podría ser que sin controlar la capacidad de trabajo, las mujeres tuvieran posibilidades de dominar la sociedad o exigir el reconocimiento de su reproducción.

Como se puede ver se habla de control y no de eliminación del cuerpo. Las capacidades de reproducción, de acceso sexual y de trabajo no pueden ser extirpadas a las mujeres, porque si lo fueran desaparecerían y dejarían de cumplir las funciones de sus cuerpos. De lo que se trata, por lo tanto, es de controlar esas capacidades, sin que les sean quitadas.

El problema entonces en sociedades de dominación masculina es cómo, por qué, en qué condiciones, en qué momentos, desde cuándo los varones se apropian de la capacidad reproductiva, de la sexualidad y de la fuerza de trabajo de las mujeres. ¿Cómo es que esos poderes de los cuerpos femeninos se trastocan en subordinaciones? ¿Cómo es que los que no tienen en sus cuerpos la posibilidad de gestar, parir y amamantar, transforman el órgano reproductivo visible - el pene - en el símbolo del poder: el falo? ¿Cómo es que si bien tanto el cuerpo de la mujer como el del varón tienen la capacidad de producir placer en el otro/a sólo el cuerpo femenino se constituye como el objeto erótico en nuestras sociedades? ¿Cómo es que la capacidad de trabajo de las mujeres es dirigida por las sociedades a la realización de un trabajo socialmente imprescindible pero desvalorizado?

Estas cuestiones nos llevan a recordar, una vez más, que en la especie humana, el relacionamiento sexual no es sólo un intercambio químico que asegura la reproducción de la especie. Mucho más allá, la sexualidad es el conjunto de las maneras muy diversas en que las personas se relacionan como seres sexuados con otros seres también sexuados, en intercambios que, como todo lo humano, son acciones y prácticas cargadas de sentido. Hay aquí un plano o nivel de análisis que se juega en el psiquismo, en la constitución de los sujetos y los objetos de deseo, en la primera infancia y la resolución del conflicto edípico, que es objeto de estudio de la psicología profunda, en el cual no voy a entrar. Sólo quiero señalar que el psicoanálisis en sus distintas vertientes, se ha construido teóricamente a partir de la observación y el estudio del aparato psíquico en personas que viven en las sociedades occidentales a finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX, es decir, en una cultura de dominación masculina particular. Como cientistas

sociales nos interesamos por las prácticas, símbolos, representaciones, valores; normas colectivos, compartidos por los integrantes de una sociedad en distintos momentos del tiempo y que son los que se absorben en el psiquismo en los años cruciales de la primera infancia.

Esas prácticas, símbolos, valores, normas, representaciones, etc., son cambiantes. Disponemos hoy de un acervo de conocimientos sobre la historicidad de las maneras del relacionamiento sexual y la reproducción que dejan muy en evidencia las construcciones de sentido a su alrededor, ésas sí sociales y culturales: ideas y representaciones colectivas en torno al cuerpo de varones y mujeres, las relaciones sexuales, la fecundación, los sentimientos, las normatividades muy dispares por las que se someten los cuerpos, los controles que ciertos individuos, grupos e instituciones ejercen sobre los/as otros/as (Ariès et al., 1987; Firpo, 1984) y que nos indican que en esta materia se juegan muchas más tensiones colectivas que el placer individual y la generación de nueva vida humana.

4. Desde estas preguntas se derivan algunas consecuencias metodológicas en las ciencias sociales. En primer lugar, que no existe la mujer, como tantas veces se ha dicho, ni tampoco el varón (o el hombre). Existen mujeres y varones en diferentes situaciones sociales y culturales que es necesario explicitar. La primera tiene que ver con las etapas del ciclo de vida. Estas últimas son también como el género, construcciones sociales como ya lo sabemos a partir de los trabajos de Philippe Ariès (1973), articuladas unas con las otras[11]. Es particularmente importante la o las etapas en que las mujeres y los varones gozan de la plenitud de la capacidad de reproducirse, puesto que a partir de su conocimiento se pueden captar los elementos clave de las relaciones prevalecientes en el sistema de género, de las maneras en que se ejerce el poder, de las representaciones imaginarias que lo justifican. En nuestras sociedades son las figuras de madre, esposa y ama de casa para las mujeres y las de jefe de familia y sostén económico principal del hogar, padre y esposo desde donde es posible partir para estudiar el núcleo de las relaciones de género[12]. Las etapas previas permiten averiguar cómo se moldean niñas y niños para aceptar y ejercer la desigualdad y las jerarquías en función del género: desde el moño azul o rosa en las clínicas obstétricas contemporáneas y el enterramiento de la placenta cerca o lejos de la vivienda entre los mayas, los ritos de iniciación, los aprendizajes y enseñanzas formales e informales y todas las prácticas y símbolos con los que se convive, festeja y reprime en las

---

11. Es necesario preguntarse si las distancias en torno a las diferencias de edad y etapas de la vida constituyen un sistema en sí mismo o si forma parte del sistema de sexo/género.
12. La fuerte influencia del marxismo en los años setenta, llevó a privilegiar el papel de ama de casa y el análisis del trabajo doméstico en las mujeres de la clase obrera. Desde fines de esa década, la maternidad cobra importancia, en tanto que la figura de esposa no parece haberse constituido en objeto de estudio por sí mismo. En relación con las figuras masculinas puede decirse que todo está por hacerse.

diferentes culturas. Las etapas posteriores pueden mostrar el mantenimiento o desdibujamientos variados de las distancias y jerarquías y la disminución de la intensidad y fuerza de las normatividades respectivas. Como consecuencia, debemos abrirnos a pensar los sistemas de género sexo no sólo binarios, sino también con más de dos géneros, producto de atribuir a las personas en edades y sexos distintos en determinados momentos de la vida, de posibilidades, deberes, normas de conducta específicos capacidad de decisión y autonomía diversas. Por ejemplo, siempre me ha llamado la atención que en las regiones de cultura andina o con influencia de ésta, a las/os bebas/es hasta los dos años se les llama "la guagua". O el lugar particular que tienen en algunas culturas de evidente dominación masculina, las mujeres que han cerrado el ciclo reproductivo y han pasado la menopausia. Es decir, la dominación de los varones sobre las mujeres no siempre es igual a lo largo de las etapas de la vida socialmente definidas. Por lo demás, la literatura etnográfica e histórica está llena de ejemplos al respecto. Un segundo ámbito o contexto a delimitar lo constituye la organización de la vida familiar y doméstica, espacio privilegiado de las mujeres e identificado en nuestras sociedades como *el lugar* de la subordinación femenina. Hay que tener en cuenta la composición, tamaño y ciclo de vida de los hogares, porque no todas las unidades domésticas son nucleares en un momento dado, ni lo son a lo largo de la vida de las familias, como bien lo sabemos en América Latina. En ellas, es necesario distinguir las diferentes posiciones que ocupan las mujeres y los varones y los papeles que cumplen a lo largo del ciclo de vida de las unidades domésticas y las familias. Asimismo hay que tomar en cuenta las relaciones entre unidades domésticas y entre parientes de fuera del grupo doméstico.

El contexto de las condiciones económicas es ampliamente conocido y en la situación latinoamericana tan imposible de quedar desapercibido que no me extenderé sobre él. Se incluyen las diversidades y particularidades regionales y locales. Conviene sin embargo recordar que no es lo mismo un análisis de clase que uno de estratificación social, puesto que en tanto el primero busca comprender y explicar un conflicto, el segundo sólo describe situaciones desiguales. En ambos, sin embargo, hay elementos de carácter estatutario que redefinen a los géneros: prácticas, símbolos y representaciones que la novelística y el cuento muestran tan bien y que conforman la vida cotidiana y el relacionamiento entre los géneros: las maneras de hablar, vestir, caminar, comer, reírse, etcétera.

En América Latina y en general en sociedades plurales desde el punto de vista racial, es necesario dar cuenta del contexto étnico-cultural, bajo el supuesto que los géneros se construyen de manera distinta en cada uno de ellos. Pero también porque el relacionamiento entre personas de razas distintas redefine las relaciones entre los géneros. Las abundantes monografías etnográficas y los documentos existentes desde la época prehispánica y la colonia, permiten una re-

lectura desde la perspectiva del género. Muy escasos son en cambio los estudios sobre el relacionamiento interracial-intergénero y más concretamente las relaciones varón-mujer, varón-varón y mujer-mujer entre personas de razas, etnias y culturas distintas. Esta perspectiva de análisis es nueva, creo yo, y su puesta en el debate se la debemos en gran parte al movimiento feminista negro de Brasil (Nascimento, 1980), que ha permitido deslindar el conflicto étnico del de clase, como una extensa literatura de inspiración marxista y no marxista pretendió durante muchos años.

Al complejizar el análisis, se llegan a observar algunas cuestiones interesantes. Desde la perspectiva de las clases, se había puesto de manifiesto desde los inicios mismos de los movimientos feministas y los estudios sobre las mujeres en América Latina, las relaciones desiguales entre mujeres que tienen lugar en el servicio doméstico. La investigación histórica pone de relieve que la dominación puede ejercerse de maneras diversas en el tiempo y mostrar que no todo tiempo pasado ha sido peor, como el positivismo y el propio Marx suponían. Pero al ponerse en descubierto las tramas de relaciones sociales en función del parentesco y en los ámbitos familiar y doméstico, es decir, en mujeres que comparten la misma posición de clase –e incluso entre quienes comparten subordinaciones de clase y de raza–, se advierte que la subordinación y la condición femenina se redefine a lo largo del ciclo de vida, y que algunas mujeres pueden gozar de poder sobre otras mujeres. Más aún, en contextos de alta dominación masculina, ésta puede tener como agente dominador a ciertas y determinadas mujeres; al investirlas de autoridad, el sistema crea zonas de incertidumbre, divide a las mujeres como género, impide alianzas, la constitución de oposiciones cohesionadas y se legitima como dominación[13].

5. Teórica y empíricamente, la perspectiva del género como conflicto remite a analizar: a) los sistemas de parentesco, es decir, las normas y formas del matrimonio, la filiación y la herencia, como lo ha indicado Rubin (1986). Es decir, las tramas de relaciones que orientan las lealtades y solidaridades más elementales entre las personas de sexos y generaciones distintas, incluyendo el tabú del incesto y las normas legales que reglamentan el relacionamiento intra e interfamiliar, así como los conflictos y sus resoluciones en dichos ámbitos[14].

b) Tanto en los ámbitos domésticos como en el mercado de trabajo y en otras esferas de la sociabilidad, es necesario analizar la división

---

13. En México se observa en diferentes contextos urbanos y rurales una situación como la mencionada, vinculada a las pautas de patrivirilocalidad y la convivencia de suegras y nueras en el mismo espacio doméstico, más allá del autoritarismo y la neurosis de las actoras. Aunque no ha sido suficientemente estudiado en sus modalidadas y consecuencias, se puede sostener que las suegras ejercen el control sobre el acceso sexual, la capacidad de seducción y la capacidad de trabajo de sus nueras, sustituyendo –en parte– la presencia y el control directo del hijo-esposo (véanse: Aranda, 1990; Da Barbieri *et al.*, 1983; De Barbieri, 1990; González Montes, 1988).
14. Véanse, por ejemplo, los trabajos de Aranda (1989) y González Montes (1988).

social del trabajo según los géneros y las dinámicas particulares de la misma. Para quienes desarrollamos esta perspectiva teórica, la división social del trabajo es un ámbito fundamental del sistema de géneros, pero como consecuencia del conflicto de poder y por lo tanto del control que los varones ejercen sobre la capacidad reproductiva y el acceso sexual a las mujeres, mas no como la clave desde donde se origina la subordinación-dominación entre los géneros. Es decir, el control sobre la capacidad de trabajo de las mujeres, si bien es uno de los elementos centrales en el sometimiento del cuerpo femenino, no es el único, porque no es el que hace a la especificidad de la diferencia sexual, como bien lo observó Rubin (1986).

c) Si el sistema de géneros es un sistema de poder, remite a las maneras cómo se estructura y se ejerce en los espacios reconocidos del mismo. Es decir, es necesario dirigir la mirada a las definiciones de persona y de ciudadanía en tanto sujetos de derechos y responsabilidades, a las formas y contenidos de la participación en la esfera pública, al Estado, el sistema político (y de partidos) y a la cultura política[15]. Estos problemas están cada vez más presentes en la bibliografía sobre las mujeres y los géneros, donde se analiza y reflexiona sobre los movimientos sociales creados por las mujeres (incluido el movimiento feminista en sus diversas corrientes), la participación de las mujeres en el sistema político institucionalizado y la orientación de las políticas estatales dirigidas a atender las demandas de la población femenina. A partir de estos estudios se hacen cada vez más evidentes el carácter masculino de estas esferas, las dificultades para superarlo, los conflictos de intereses opuestos entre los géneros cada vez que los privilegios masculinos son cuestionados y se propone limitarlos, así como las alianzas que pueden trascender el género imputado de los y las actores/as. Es decir, varones que toman partido y se comprometen con las demandas de las mujeres; mujeres que actúan para mantener los privilegios del género masculino. No hay que olvidar además, en estos espacios, que el manejo de la capacidad erótica de los cuerpos (femeninos y masculinos) hace parte de la cultura política, así como las actitudes, el chiste, la burla y el chisme, recursos fáciles para reducir a las contrincantes.

d) El análisis de los sistemas de género remite a considerar la subjetividad de los distintos actores en el sistema, las formas como se estructura el psiquismo y se constituyen los sujetos y objetos de deseo (Rubin, 1986; Torres Arias, 1989; 1990; Lamas, 1986).

6. Pensar y tratar de comprender la sociedad dividida en géneros tiene algunas consecuencias metodológicas que quiero resaltar. Por un

---

15. Tradicionalmante en los estudios sobre las mujeres, como en otros varios objetos de estudio de las ciencias sociales, se ha distinguido entre la esfera pública y la privada. La primera de predominio masculino y exclusión de las mujeres, la segunda definida como el ámbito de lo femenino. Pero esta representación social dicotómica está hoy muy cuestionada y requiere de ser superada (véanse Pateman, 1988; De Barbieri, 1991).

lado exige recoger y analizar la información a partir de la variable sexo, en la medida en que éste es el referente empírico más cercano e inmediato de observar. Pero será el análisis de la información contextualizada la que podrá dar cuenta del estado de los géneros en una sociedad y en un momento o lapso determinados. En otras palabras, la variable sexo es condición necesaria pero no suficiente para que un análisis social sea un estudio de género.

En segundo lugar, es necesario estudiar los ámbitos sociales donde interactúan las personas en función de géneros distintos, los espacios de evidente predominio y exclusividad de cada uno de ellos, pero también aquellas esferas de la sociedad aparentemente neutras. Por ejemplo, investigaciones sobre educación, la ciencia, las fuerzas armadas, las iglesias, etc., han sido abordadas hasta ahora desde los conflictos y los intereses de la dominación de clase. Pero un enfoque desde los géneros en estas esferas aparentemente neutras de la sociedad, permitiría conocer con mayor precisión cuán asépticas o sesgadas lo son en realidad, cómo se juegan y redefinen lo masculino y lo femenino y elementos más sutiles, tales como los acuerdos y desacuerdos de intereses en función del mantenimiento de la dominación sobre las mujeres. En la filosofía, por ejemplo, las mujeres dedicadas a la epistemología se preguntan acerca de la neutralidad de género de las ciencias físico-naturales y en particular de las biológicas, no sólo por el lugar marginal que las mujeres ocupan en la investigación y en las burocracias respectivas, sino porque el sesgo de algunos de los resultados de las investigaciones son consecuencia de la construcción de los objetos de estudio, la manipulación de los datos y de las interpretaciones de los mismos (Fox Keller, 1989).

En tercer lugar, hay que destacar que para comprender y explicar los sistemas de género no basta con conocer los ámbitos donde mayoritariamente varones y mujeres se expresan e interactúan, ni los espacios de la "normalidad" por donde transcurre la vida de la mayoría de la población. Se requiere también de conocer las colas de las distribuciones y esas zonas oscuras y límites de la sociabilidad, sobre las que da miedo y produce dolor pensar. Por ejemplo, junto al matrimonio, hay que estudiar el divorcio y el celibato; el comercio sexual femenino y masculino; la hétero, la homo y la bisexualidad y las llamadas perversiones; junto a la maternidad y la paternidad, la esterilidad, la adopción, la negativa a reproducirse, la maternidad asistida, el filicidio, la venta y el tráfico de niñas y niños.

7. Hay algunas otras precisiones que me interesa realizar. Por una parte, como sistema de poder que busca controlar el cuerpo y algunas de sus capacidades, estamos en presencia de relaciones inestables e inseguras. Recordemos la célebre frase de Foucault: "el poder se ejerce, no se posee. No se guarda en una cajita" ni en un closet. Produce verdades, disciplina y orden, pero también siempre está en peligro y amenazado de perderse. Por ello no bastan leyes y normas, amenazas cumplidas y castigos ejemplares. Las/os dominadas/os tienen un cam-

po de posibilidades de readecuación, obediencia aparente pero desobediencia real, resistencia, manipulación de la subordinación. De ahí entonces que los lugares de control sobre las mujeres –en nuestras sociedades el desempeño de los papeles de las madres-esposas-amas de casa– sean también espacios de poder de las mujeres: el reproductivo, el acceso al cuerpo y la seducción, la organización de la vida doméstica (Torres Arias, 1989). Se vuelven entonces espacios contradictorios, inseguros, siempre en tensión. Las mujeres pueden, por ejemplo, tener hijos que no sean del marido, aparentar esterilidad o de plano negarse a tenerlos, embarazarse en situaciones inoportunas, relacionarse sexualmente con otras y otros, seducir para muy diversos fines, negarse a trabajar en el hogar e impedir la sobrevivencia de sus integrantes, incluidos los/as bebes/as recién nacidos, etcétera.

Justamente esa inestabilidad es lo que ha llevado a resolver el conflicto mediante una estructuración del sistema extremadamente poderosa. Porque no hay que perder de vista que el sistema de género incluye también la cooperación entre personas de sexos distintos, el relacionamiento afectivo y el reconocimiento más personal e intransferible, en prácticas sociales en las que además se juegan cuestiones tan fundamentales como la trascendencia de la muerte. Esto significa que la superación del conflicto no puede ser la guerra que mata y destruye al enemigo, sino la negociación permanente (y siempre inestable) que asegure la paz.

8. El género es una forma de la desigualdad social, de las distancias y jerarquías que si bien tiene una dinámica propia, está articulado con otras formas de la desigualdad, las distancias y las jerarquías sociales. Desde el inicio de la investigación sobre las mujeres y los géneros se ha planteado la articulación género-clase, incuestionable por lo demás en América Latina. Una serie de investigaciones llevadas a cabo en la región a lo largo de la última década sobre los efectos de la crisis de endeudamiento en los sectores populares, así como los estudios sobre reconversión industrial y del mercado de trabajo, dan cuenta del crecimiento de la participación femenina en la actividad económica generadora de ingresos. El notable incremento de las mujeres unidas, con hijos menores, en actividades asalariadas intensivas de mano de obra ha llevado a hipotetizar sobre la articulación género-clase. Se sostiene que para el capital –nacional e internacional– esas mujeres subordinadas en razón del género y de clase, le ofrecen una de las mano de obra más baratas y explotables del mercado laboral mundial, porque a la vez que capacidad de trabajo, tienen características psicológicas y entrenamiento desde las primeras edades que permiten aumentar los niveles de explotación: sumisión ante la autoridad, disciplina, paciencia para el trabajo tedioso, disponibilidad para extender la jornada de trabajo, etc. La imperiosa necesidad de cubrir los gastos del hogar cuando los varones adultos y jóvenes no pueden hacerlo, refuerza estas características y cualidades femeninas y permite aumentar las tasas de explotación, la plusvalía y la acumulación del capital.

Pero ya Kate Millet lo señalaba en su trabajo de 1975 y la investigación lo ha puesto de manifiesto una y otra vez que la cuestión es más compleja, puesto que son las distancias de clase, de género, étnicas y raciales y de generación las que se intersectan y articulan unas con las otras. Esto entraña dificultades para la comprensión inmediata, como ya se ha visto, pero además plantea una serie de preguntas sobre el cambio social del sistema de género y de la dinámica de la dominación y de la desigualdad social más generales. Por ejemplo: ¿las distancias de género y generación constituyen dos sistemas con cierta autonomía y dinámicas propias o forman parte de un mismo sistema de diferenciación a partir de características corporales? ¿Cómo se articulan la dinámica de la reproducción del capital con las de las distancias y jerarquías entre los géneros, las generaciones y las razas? ¿Están los cuatro conflictos en el mismo nivel o varían en importancia en la estructuración de las distancias y la desigualdad social y el movimiento más general de las sociedades?

Son –creo yo– preguntas cada vez más claramente formuladas, pero de respuestas aún imprecisas para las sociedades del presente. Para otros tiempos, algunas investigaciones históricas dan pistas y muestran resultados interesantes en los que se articulan dos o más ejes de distancias. Autores como Veyne (1984) cuando estudia los cambios en el alto Imperio Romano, o Duby (1981) cuando analiza la aparición del sacramento del matrimonio en el norte de Francia en el medioevo, muestran que las prácticas, símbolos y representaciones sociales sobre las mujeres y los varones han cambiado como resolución de conflictos en otras esferas sociales que poco tienen que ver con la sexualidad y la reproducción. Hausen (1975) en cambio, encuentra que el desarrollo de la sociedad burguesa en Alemania en el siglo XIX se fue moldeando con una progresiva polarización de los caracteres de género, que evitó la competencia femenina en los negocios y en la política, a la par que debía reconocerle ciertos derechos.

En América Latina, las respuestas posibles son cruciales para entender la estructuración y la dinámica de nuestras sociedades: una dominación capitalista cada vez más concentrada y excluyente, el machismo devastador, la discriminación racial a grupos y personas no blancas o en proceso de emblanquecimiento, la marginación de las personas en etapas no adultas de la vida. Es decir, muchas otredades que, a pesar de los derechos formales, no llegan a constituirse e interactuar como sujetos de derecho (personas) y como ciudadanas y ciudadanos.

Para responderlas es tal vez demasiado temprano, puesto que se requiere de mayor investigación y reflexión más profunda que la que se ha desarrollado hasta ahora. Metodológicamente nos obliga a continuar en la línea seguida en la investigación sobre las mujeres que consiste en acotar y contextualizar los sujetos en estudio. Pero cada vez se vuelve más imprescindible conocer a los dominadores: cómo los varones viven y se imaginan que son las relaciones de género. Sería, por ejemplo, de mucha utilidad e interés conocer con alguna precisión

y detalle las prácticas y las representaciones sobre el relacionamiento sexual y la reproducción de los varones adultos, obreros, negros e indios en los que hay disonancias de poder y status muy notorias: dominados como clase y como etnia, pero dominadores en las dimensiones de género y generación. Y por supuesto, las de los empresarios blancos y adultos que ejercen el poder y la dominación en nuestros países y en el mundo. Estas líneas de investigación y de reflexión sería muy conveniente que las iniciaran y desarrollaran los varones interesados en las cuestiones de género. No para crear otra división del trabajo más, sino porque dada la virginidad de la cuestión, están mejor pertrechados vivencialmente que las mujeres. A fin de cuentas no hay que perder de vista que toda esta dimensión de las sociedades se constituyó en objeto de estudio y logró avanzar, porque las mujeres pudieron hablar con otras mujeres sobre cuestiones en las que había un marco de referencia común. Y por lo tanto, sensibilidad para plantear hipótesis, preguntas y comenzar a entender el sentido de las respuestas.

9. Quiero retomar ahora el problema del patriarcado. Como se puede ver en una revisión de la bibliografía existente, la categoría género sustituyó en el análisis y en el discurso político sobre la condición de las mujeres al concepto de patriarcado. Sin embargo, en los últimos cinco años, se vuelve a ver con insistencia la reaparición del concepto. ¿Qué ha pasado?

Por lo que conozco, ha habido dos líneas académicas diferentes: una proveniente de la etnología, la arqueología, la etnohistoria y el análisis de los mitos y de textos literarios muy antiguos, la otra proviene de una lectura crítica de los clásicos de la ciencia política.

Mediante la primera se vuelve a la prehistoria y a la crítica a la historiografía dominante acerca de períodos muy antiguos. Se trata sin duda de datos muy fragmentados y dispersos, pero que han permitido revisar las ideas prevalecientes hasta ahora acerca de la evolución de la humanidad, producidas en el siglo XIX (Badinter, 1986). De alguna manera confirman la hipótesis de Engels, en el sentido de que la dominación masculina y concretamente las sociedades patriarcales son producto de un largo proceso llevado a cabo en las sociedades neolíticas: el descubrimiento del papel del varón en la gestación, el aumento de la productividad del trabajo que permitió la acumulación de cereales, la sedentarización, el empleo generalizado de los metales y la posibilidad de producir armas (es decir, de hacer la guerra) serían los elementos principales que llevaron a la organización de la dominación con base masculina. Esto pasó por cambios fundamentales en las estructuras del parentesco, que de matrilineales y matrifocales, pasaron a ser cada vez más patrilíneas y patrifocales (Badinter, 1986; Dupuis, 1987).

No hay que olvidar trabajos de investigación histórica sobre períodos más recientes, muchos de ellos llevados a cabo en la denominada escuela de los *Annales* y en la historia social, los que permiten entender cambios en las estructuras del parentesco, en los sentimientos y en términos más generales, el relacionamiento entre varones y mujeres.

En la segunda vertiente ubico las investigaciones de la politóloga australiana Carole Pateman (1988, 1990) quien al analizar críticamente el pensamiento de los contractualistas de los siglos XVII a XIX señala que la propuesta de cambio (que al final triunfó en las sociedades burguesas instaurando el orden que hoy día nos rige) sustituye la dominación del padre de familia –amo de siervos, hijos y haciendas–, por la de los hijos-hermanos varones.

Por ambas líneas de conocimiento y reflexión, es posible entonces pensar la dominación masculina con un comienzo en el tiempo, impreciso y vago, pero que permite desligar la subordinación de las mujeres de la evolución "natural" de la humanidad, y entenderla como un proceso histórico de resolución de conflictos. Permite además ver períodos y formas de dominación masculina diversas, los factores y los actores que provocaron el cambio, las alternativas que se dieron a las mujeres y los varones, los discursos que justificaron los cambios promovidos, etcétera. Finalmente, nos permite interpretar las posibilidades y limitaciones de las perspectivas de cambio en la actualidad.

Hubo un período de la historia que fue patriarcal, pero ni siempre ni en todas las sociedades el patriarcado se expresó y se ejerció de la misma manera. Otra cosa es el machismo, forma de organización social y de ejercicio del poder de dominación masculina, pero donde las mujeres existen como sujetos de algunos derechos y en la que tienen algunos espacios de autonomía, pero también mucha indefensión. Un buen objeto de estudio en América Latina, puesto que sabemos que no siempre se ejerce de la misma manera.

Para la práctica teórica y para la práctica política se requiere de conocer y explicar los orígenes del problema que se busca superar. Es seguro que nunca tendremos una historia completa, el pasado es tan remoto y los rasgos-datos tan fragmentarios, que por más que se avance en el conocimiento será difícil tener certezas. Pero por lo menos hay algunos atisbos que nos permiten dar sentido a nuestras propuestas de cambio radical en los sistemas de género/sexo.

10. Como se puede apreciar, comprender y explicar la estructura y la dinámica de los sistemas de géneros no parece ser simple. No se trata de rellenar una teoría, como en un momento ingenuamente se pudo sostener en particular en el ámbito de las mujeres marxistas. Tampoco se pudo efectuar el parricidio propuesto en los inicios del movimiento feminista. Es un proceso en permanente tensión entre teoría y dato, entre hipótesis plausibles que se llevan a contrastar y que de esta operación permite la reformulación de nuevas hipótesis, a la luz de los conocimientos y las teorías viejas y nuevas. Es un rompecabezas que se forma con innumerables piezas pequeñitas, que se arman parcialmente y se vuelven a desarmar y rearmar ante cada hipótesis y cada dato consistente y que arroja nueva luz al respecto. Las discusiones y las carencias señaladas por las feministas de los sesenta, dieron origen a una perspectiva de análisis social que ha permitido ordenar observaciones, plantear hipótesis, analizar informaciones muy disper-

La educación que nos dieron y la que nos negaron

Graciela Ferreira

En: LA MUJER MALTRATADA, Editorial Sudamericana, pp.220-233, Argentina, 1989.

GUIA DE ESTUDIO

* Según el ejemplo de "adulto sano" dado por Ferreira, explique cómo la existencia estereotipada de modelos femeninos y masculinos de comportamiento incide en la aplicación de políticas de salud desventajosas para las mujeres.

* Describa el modelo masculino y el modelo femenino de comportamiento, apuntados por la autora. Señale semejanzas y diferencias.

* La imposición de modelos femeninos y masculinos de comportamiento, en nuestra sociedad, tiene consecuencias distintas para hombres y mujeres. Mencione cuáles son esas consecuencias, en relación a la sexualidad y afectividad, para las mujeres y cuáles son esas consecuencias para los hombres.

* Hacer del amor el "sentido de la vida" es uno de los elementos básicos del modelo de amor impuesto a las mujeres en nuestra sociedad. Explique cómo esto va limitando la posibilidad de las mujeres de constituirse en seres independientes.

VI

LA EDUCACION QUE NOS DIERON Y LA QUE NOS NEGARON

> "Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos, y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros." (Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas.)

1. Estereotipos y modelos femeninos y masculinos

Cada cultura posee una imagen acerca de lo que significa ser hombre o ser mujer. Se trata de modelos, en realidad moldes, a los que deben ajustarse los miembros de una sociedad para cumplir con pautas de conducta esperables. En el curso de su desarrollo, las personas van incorporando por diversos canales las prescripciones culturales para ejercer su rol sexual de manera adecuada a las exigencias sociales.

La cultura es un instrumento poderoso que modela la personalidad de los sujetos, influyendo en su manera de razonar, en la forma de representarse las cosas, en la escala de valores o principios elegidos para conducirse y también en los prejuicios y mitos que llegan a sostener frente a diversas situaciones. Esto último ha quedado demostrado a lo largo del libro en relación con los prejuicios que abundan sobre las víctimas de la violencia.

El proceso de la incorporación de las pautas culturales comienza desde épocas muy tempranas de la vida, a partir de las complejas relaciones entre los niños y los adultos que los educan.

En el cúmulo de informaciones transmitidas van incluidas desde la forma de resolver problemas hasta los sentimientos o actitudes lícitos o ilícitos, por ejemplo, de acuerdo con el sexo de la persona. La sociedad, a través de todos sus recursos e instituciones, presiona a los sujetos para que se ajusten a ciertas características poniendo en juego un sistema de recompensas y castigos para regular el cumplimiento de las pautas establecidas.

Entre los años 1968 y 1970 se realizó en EE.UU. un estudio sobre lo que los psicoterapeutas de ambos sexos consideraban como "hombre sano", "mujer sana" y "adulto sano", para lo cual contestaron un cuestionario de 122 items.

Las respuestas fueron analizadas y resumidas de esta manera: Los hombres adultos sanos eran considerados muy agresivos, dominantes, autoconfiados, independientes, activos, competitivos, decididos, aventureros, no influidos ni excitados por crisis menores, disimulados con sus emociones, objetivos, lógicos, gustan de la matemática y de la ciencia.

Las mujeres adultas sanas eran consideradas dóciles, dependientes, poco aventuradas, menos competitivas, fácilmente excitables por crisis menores, sumisas, emotivas, vulnerables, preocupadas por su apariencia, poco objetivas, conversadoras, amables, sugestionables, sensibles a los sentimientos de otros, inseguras, interesadas por el arte y la literatura y menos por la matemática y la ciencia.

Las características del adulto sano general coincidían con las del hombre adulto sano.

Fue una sorpresa a medias observar que los terapeutas se manejaban con los estereotipos sociales de la ma-

yoría de la población y que sus descripciones "científicas" estaban contaminadas de un definido sexismo. Hacían coincidir las características del hombre sano con las del adulto sano, pero no así con las características de la mujer sana. Con ello dejaban asentado un modelo de salud con los rasgos de la masculinidad. Implícitamente la mujer sana era en realidad una desviación patológica de lo considerado sano para un adulto. Se observa de nuevo cómo la mujer queda atrapada entre dos posibilidades negativas: si adopta el criterio de los terapeutas acerca de la mujer sana se daña a sí misma porque se trata de un modelo de actitudes inferiorizante; si adopta el criterio de adulto sano será vista como masculinizada y, por lo tanto, desviada de su perfil "saludable". De acuerdo con estos resultados se puede ser hombre y adulto sano simultáneamente, pero no se puede ser mujer sana y adulto sano a la vez.

El peligro que entraña tal actitud queda a la vista cuando se piensa en los tratamientos psicológicos realizados por profesionales que trabajan irreflexivamente diagnosticando y orientando las conductas de acuerdo con estos estereotipos.

En efecto, el riesgo es tanto para los hombres como para las mujeres. Pues que a los hombres se los presione socialmente para responder a esas expectativas es condenarlos al sufrimiento y a la frustración constantes. Con el agravante de no poder quejarse, o tener que disimularlo, pues expresarse emotivamente es cosa femenina. Todas las instituciones avalan esta imagen masculina de tipo fuerte, campeón, valiente y poderoso. El absurdo social consiste en que se toman estas características masculinas como naturales y sin embargo se ejerce una terrible presión de castigos y recompensas familiares e institucionales para que los varones se desarrollen según esas pautas. Reciben alabanzas cuando se tragan las lágrimas y burlas cuando actúan como "una nena"; si se reprimen son valientes y si hacen algo "afeminado" son cobardes. ¿Qué hace un varón con sus temores, sus angustias y sus sentimientos de inseguridad y desamparo? Muchos las ocultan detrás de las fanfarronadas y de la jactancia y se obligan a encajar en el imposible modelo cultural del machismo que se les implanta en el cerebro desde niños. Los mensajes culturales los empujan a cercenar sus emociones y necesidades normales en tanto seres humanos. ¿Cuántos se han mostrado rudos, pendencieros, groseros e impúdicos, para cumplir con ciertas expectativas del ambiente, sabiendo por dentro que lo que hacían era vergonzoso y una demostración para los demás, no algo con lo que íntimamente estuvieran de acuerdo? Muchos hombres se sienten inadecuados e insatisfechos a pesar de haber llegado a un nivel de prestigio social y laboral muy alto. Sólo sus esposas tal vez conocen las debilidades y la otra cara del ejecutivo seguro y confiado frente a sus clientes o competidores.

La imagen social que se exige a la mujer tiene evidentes connotaciones de ajuste y subordinación a la posición masculina. Está estructurada para facilitar la vida en conformidad con los designios del hombre. Se fomenta en la mujer la necesidad de protección, el miedo a lo imprevisto, las preocupaciones y necesidades superficiales de la moda, los chimentos o el consumo. Se la ridiculiza en historietas parada en una silla porque aparece un ratón, pero no se le enseña que es la principal víctima de los crímenes más violentos de acuerdo con las estadísticas policiales de todo el mundo. Al fin y al cabo si es más miedosa que los hombres no es un temor desajustado a la realidad. Tiene más probabilidades de sufrir un ataque sexual o una agresión física que cualquier hombre.

Está muy mal visto que una mujer cambie de pareja seguido, que se enamore de un hombre más joven, que tenga un hijo siendo soltera, que tenga un amante; pero todo eso en el hombre es visto con tolerancia, envidia y admiración. Sin abrir juicio de valor acerca de estas conductas, constituyen una muestra de la discriminación y doble moral con que se juzga según el género del protagonista.

Cuando una mujer se muestra independiente, capaz, responsable, con iniciativas e ideas propias, los hombres se sienten desafiados; la manera de combatirla es echando dudas perturbadoras sobre ella: ¿será una "verdadera" mujer, o es alguien masculinizado? Si es casada, el marido, ¿será un "verdadero" hombre? ¿O se deja dominar por ella ya que no le impide tener tanta independencia?

A la mujer se le enseña que sólo se convertirá en una persona íntegra cuando tenga un hombre al lado. Se la adiestra para mantenerlo junto a ella. Pero luego, cuando él la maltrata preguntan "¿por qué se queda?, ¿por qué vuelve?", sin reparar en que lleva dentro el mandato social de estar con el hombre, con su marido, pase lo que pase, porque le han inculcado que es una necesidad incorporarlo a su ser. No puede percibirse existiendo sin depender de un hombre. Así queda minimizada como individuo buscando siempre a otro para sentirse plena. Estar en pareja es lo que la define como persona íntegra desde el punto de vista social. Y la honorabilidad máxima se la dan el matrimonio y la maternidad. ¿Acaso no es la misma cosa? *Matris-munia* en latín significa "deberes de la madre".

¿Cuántas mujeres desde el momento mismo de su nacimiento "respiraron" el aire de decepción que flotaba en el ambiente familiar? Esperaban "¡el varón!" ¿Cómo afectará a tantas niñas haber percibido la frustración de sus padres o familiares porque no satisfizo las expectativas del varoncito? ¿No es una primera gran desvalorización que siguen aún hoy recibiendo tantas bebas? Y es notorio el empeño que por "el varón" ponen esas familias que se ven pasar por la calle en las que hay tres, cuatro o cinco nenas en escalera, por la insistencia de ganarle la pulseada a la genética, que, según parece, no se halla afectada por el sexismo. Cada una de esas sucesivas y últimas niñas saben que no eran esperadas pues nacieron de la "búsqueda" del varón. En este país en la sala de partos cuando nace un varón suele exclamarse en el último esfuerzo: "¡macho nomás!" y cuando aparece una niña: "¡es chancleta!"; ¿vale la pena analizarlo?

Tarde o temprano alguien se encarga de verbalizar lo sucedido en el momento de nacer la niña: "Tu papá se desilusionó, pensaba en el apellido, en tener un compañero, preferíamos que el mayor fuera varón, etcétera", y la chica comienza a pensarse a sí misma siempre ubicada un escalón por debajo del hombre y con la primera culpa por no haber satisfecho las ilusiones familiares como si hubiera dependido de ella decidir el sexo. De allí que muchas se acerquen al padre para hacerse querer y perdonar. Uno de los casos más directos que escuché fue una señora que sabía que su padre había deseado un hijo varón que, para más datos, llegara a ser ingeniero. Tuvo que conformarse con dos nenas. Pero ella apenas salió de la adolescencia conoció a un ingeniero y se casó, sin estar enamorada, para compensar a su padre de alguna forma con un hijo político ingeniero.

La figura del varón ha sido tan valorizada siempre que aunque fuera cierta la "envidia" de la mujer al hombre, estaría bastante justificada por la vivencia de que no se la estima ni considera en la misma medida. Hay momentos en que las chicas suelen comentar que los hombres llevan una vida más sencilla y de menor sufrimiento, no tiene que menstruar todos los meses durante muchos años, no son desflorados, no pasan por nueve meses de embarazo y el trance del parto, y no están tan expuestos a las violaciones. Frente a estos argumentos sale a relucir el hecho de que los hombres hacen la conscripción, van a la guerra, trabajan más duro, tienen mayores responsabilidades; todo lo cual es muy relativo.

En todo caso sirve para ver cómo hay iguales y complementarias fuerzas y capacidades en ambos. Y que, pese a todo, los hombres deben también pagar muy caro su pretendida superioridad, dada la propulsión social que reciben para ejercitar la represión de sus sentimientos y la persecución de los éxitos y las ganancias a costa de sus emociones.

En definitiva, lo único que cabe pensar es que estos estereotipos, sexo fuerte-sexo débil, no nos han resultado beneficiosos ni a los hombres ni a las mujeres. Ambos quedamos de una u otra manera desvalidos e indefensos al tener que ajustarnos a esos modelos rígidos que no procuran la felicidad de nadie sino un cierto equilibrio social, pero al precio de frustraciones e inhibiciones.

Estas exigencias que marcan un desnivel entre hombres y mujeres son la base de la violencia manifiesta. Esta se transforma en un medio expeditivo para mantener por la fuerza la sinrazón del estado de sometimiento femenino. Cuando se acaban los argumentos aparece el abuso y el desborde para "poner en su lugar" a las que se rebelan.

Por otra parte, las mujeres todavía no han experimentado y depurado un rol no estereotipado para afirmarse a sí mismas, sin caer en la imitación de los modelos masculinos. No existe una seguridad sobre cómo comportarse sin menoscabo de la condición femenina haciendo uso de la propia libertad e independencia. Tampoco los hombres atinan del todo a vivir su sensibilidad sin temor de irse al otro extremo, volviéndose muy vulnerables. Ambos necesitarán tiempo, ensayos y algunas generaciones más para armonizar lo que se encuentra distorsionado y poder brindarse lo mejor de cada uno, partiendo del sentimiento de autovaloración para culminar en el del respeto mutuo.

No es ésta una mera cuestión de voluntad. Se trata de una toma de conciencia fundamental que vaya revirtiendo los mensajes culturales para que las actitudes y valores que se transmiten a los hijos sean diferentes. Este es un llamado de atención especial para las madres pues ellas son las que como mujeres sufren el machismo, pero las que como educadoras lo transmiten y perpetúan.

Las madres que no ridiculicen ni permitan ridiculizar a sus hijos varones por demostrar sus sentimientos, que los alienten a expresarlos sin vergüenza ni temor, que les

enseñen a respetar como iguales a las mujeres, que empiecen ellas mismas por no ponerse en el rol de sirvientas de la familia, que auspicien la colaboración de todos por igual, que dejen que las hijas aprendan a arreglar un enchufe y a los varones que aprendan a coser un botón, esas madres habrán comenzado con la gran misión social de prevenir la violencia masculina y de ofrecer a las hijas un modelo nuevo de mujer consciente de sus derechos, sus necesidades y su autorrespeto, salvándolas de un futuro de víctimas.

La verdadera desnaturalización de los seres humanos no está dada en el intento de igualar los derechos del hombre y de la mujer, sino en esa lucha arbitraria por desvalorizar a uno de los sexos en aras de la supremacía y el poder del otro. ¿Será ésa, tal vez, una de las causas por las cuales el mundo no es un lugar más feliz y menos injusto?

2. El amor que nos transmitieron

Desde su infancia una niña sueña con el hombre que reúna en sí todo lo ya conocido que le dieron sus padres o todo lo que no le dieron. Seguridad y dulzura, protección y amor, fuerza y cariño son las cualidades que le adjudica a esa figura idealizada que, por supuesto, comparte con el resto de los hombres la superioridad y el poder. Ella ya sabe que ellos manejan el mundo y el dinero. A las fantasías infantiles alimentadas con los cuentos de hadas y las novelas de amor se agregan las fantasías juveniles nutridas por canciones y películas.

En nuestra cultura se ha establecido el modelo del amor romántico como el único camino para llegar al matrimonio y al final feliz de toda historia amorosa. Esto no tendría mayor objeción si no fuera por las especiales características que asume esta forma de amor. Su signo primordial es el sufrimiento y la tensión como precio por algunos instantes de éxtasis.

Pareciera que se ha llegado al extremo de medir la profundidad e importancia de un amor en la vida de alguien de acuerdo con la cantidad y variedad de trastornos, obsesiones y padecimientos que le ocasiona.

El amor romántico surgió en los siglos durante los cuales el casamiento era un contrato de conveniencia entre familias y los verdaderos enamorados casi nunca llegaban al matrimonio. Por lo tanto estaban expuestos a las separaciones, a la distancia y a los ocultamientos. Esto contribuía a mantener la magia y la idealización de la persona amada, pues no había muchas oportunidades de conocerse a fondo y aprender a diferenciar las virtudes y los defectos reales.

Lo curioso es que esto no ha variado en la actualidad. Siguen formándose parejas y matrimonios a partir de sensaciones superficiales y de la deformación que las ilusiones proyectan sobre el verdadero carácter del compañero. Se dice que el corazón tiene sus razones y esto es así; pero a veces ese dicho sirve para justificar cosas peligrosas que se mezclan en ese torbellino mágico que el enamorado siente que lo arrastra de manera irresistible.

La oportunidad que en este siglo tuvieron los jóvenes de estar más cerca, de compartir actividades y realizar cosas juntos no los ha vuelto más perspicaces en cuestiones amorosas para conformar parejas bien fundadas. Por lo menos eso no ha sucedido en los cientos de casos que vi de matrimonios atacados por la Violencia Marital.

Es así que la sociedad aparece repleta de relaciones crueles, inmaduras y dolorosas que sin embargo son glorificadas a través de teleteatros, filmes y canciones. Hay muy pocos ejemplos de parejas en una relación adulta, sincera y satisfactoria. Y no se muestran seguido en los medios masivos de difusión. Estos son los vehículos sociales para transmitir los modelos que luego se imitan. Allí no hay términos medios. O todo es maravilloso, ideal y perfecto, o se tocan las cumbres del dolor, de las intrigas, de los rechazos, de los desencuentros y de los celos.

Algunas jovencitas empiezan a soñar con las peripecias de una heroína cuya vida está llena de penurias de amor y a identificarse con lo que le sucede. Esto a su vez viene acompañado por un apropiado fondo musical y alguna canción, la mayor parte de su letra dedicada a las penalidades y tormentos del amor apasionado y perdido.

Se muestran por doquier historias de amores en las que predominan la manipulación, las presiones, las mentiras, las venganzas, las infidelidades y las trampas. No se concibe una trama sin ese tipo de alternativas. El núcleo del entretenimiento se centraliza en la tragedia y los enredos. A tal punto esto está consustanciado que las buenas relaciones y las circunstancias más felices "no venden", no resultan tan atractivas. Este es otro de los negocios que se hacen con el alma humana al poner el acento siempre en lo dañino y destructivo como si eso fuera lo único real.

A nadie se le ocurriría opinar acerca de la malignidad de ciertos teleteatros o series. Se habla de su chatura, de la mala actuación, de la debilidad de la historia o de lo tremebundo de sus personajes. Sin embargo es casi como vender droga. Genera adicciones en muchas mujeres que se proyectan e identifican con los personajes femeninos que generalmente son muy vapuleados y maltratados en tales producciones. No ayudan a tomar distancia sino que por el contrario confirman que las cosas son así, por ejemplo, violentas, generalizando y presentando al abuso como algo natural y cotidiano. Esos programas tienen éxito. "El públicó los pide". Dan mucho dinero. ¿Qué más puede pedirse? Es como si en lugar de preguntarse qué es lo que lleva a la gente a drogarse, simplemente se le vendiera más droga. Es lo que piden y es un buen negocio, ¿o no?

Esta visión social que se tiene del amor resulta bastante perniciosa y tiene efectos nocivos en la gente. Hay una saturación de pasiones y de emociones caóticas cuyo eje está constituido por un sentimiento principal: el miedo a perder el amor. El mito de que hay un amor

único en la vida hace pensar que el actual es el definitivo. Perderlo es como perder la vida. Sobre todo para las mujeres que suelen jugarse enteras a esa postura. "El es todo para mí", "Mi vida no tiene sentido sin él", "No puedo dejar de pensar en él", son las afirmaciones más comunes. Por supuesto oscilan entre una patética superficialidad de teleteatro y una profunda revelación: la mujer que así habla no posee una individualidad definida o una existencia personal autónoma. No se siente completa como ser humano. Parece duro decir esto pero es más dura la realidad de concebir al amor como la circunstancia de subordinar todas las energías a otro, por más fascinante que ello parezca. Y aquí se van desenvolviendo las etapas de la historia tan repetida. La mujer empieza a postergarse y diluirse en la relación amorosa, y se pierde de vista a sí misma. Surge la vieja fantasía de entregarse al héroe por entero, en cuerpo y alma, para siempre.

La mujer espera que el amante le dé significado a su vida; su existencia carece de sentido por sí misma. Deposita todas sus necesidades a los pies del hombre y también todas sus posibilidades y dotes. Y a partir de allí ya no hay otro tema de conversación; su hombre es el centro de su vida y "yo no soy nada sin ti". Sus acciones y pensamientos se dirigirán a cómo agradarle y cómo mantenerlo contento.

A partir de aquí ante cualquier dificultad estara dispuesta a hacerse cargo de toda la responsabilidad. Si algo va mal creerá que la culpa es sólo de ella, que no ha sabido brindarse lo suficiente. Ella sueña y él se deja atender y querer. Ningún sacrificio le parecerá suficiente con tal de conservar el amor. Mirará por los ojos de él y se juzgará a sí misma tal como él le dice que es. A esta altura ya sabemos lo que pasa si se trata de un Hombre Golpeador. Entre la predisposición de ella a la entrega total, los mensajes sociales acerca del amor como sufrimiento y la tendencia posesiva del hombre se construye un idilio signado por el conflicto permanente.

El moverse con impulsos extremos no hace feliz a nadie, pues las cosas absolutas no pertenecen al mundo humano. No existe la entrega ni la posesión total. El que aspira a eso está condenado a la frustración, la cual por el lado masculino puede desahogarse a través de la violencia mientras por el lado femenino conduce a la culpa y al sometimiento.

En la Mujer Maltratada se ven todas estas características corregidas y aumentadas. Por su condición de mujer expuesta al condicionamiento social habitual, a los estereotipos y mitos de toda clase y a alguna circunstancia de su vida que la llevó a acentuar su desvalorización, se constituye en una presa fácil del amor romántico mal entendido. Comienza a vivir sus alternativas de exaltación y tristeza, pendiente de lo que su hombre decida, pues toda su vida ha quedado subordinada a él.

El amor romántico fomenta la creencia de que la atracción es la condición para elegir al marido y que el clima debe mantenerse sea como sea. Esto lleva a jugar papeles fingidos. Todo debe ser perfecto, cada uno muestra sus mejores facetas y "sentirse bien" es la regla. "Si me hace sentir bien debe ser bueno." Para preservar esa sensación pone en marcha negaciones y cegueras de todo tipo: "No es problema. Yo lo voy a ayudar". Se fijará en lo que él dice y no en lo que hace. No reparará en el tipo de actitudes que él toma frente a situaciones importantes. Justificará su conducta si lo ve fallar en algo: "Es encantador y se hace perdonar". Y racionaliza: "Debo ser tolerante y cariñosa con sus defectos, eso se limará después del casamiento". Esto se combina con muchas expectativas mágicas: "El me prometió, todo se va a solucionar", "El amor todo lo puede". Y con las enseñanzas que recibió de otras mujeres y de muchas revistas "femeninas": "No te muestres más inteligente que tu novio", "Es preferible pasar por tonta que perderlo", "Nunca lo sobrepases", "Escúchalo, déjalo hablar y elógialo", "Pregúntale sobre lo que le gusta y muéstrate fascinada" Y si consigue que él la cele y la

controle ya está listo el proceso de confundir la posesividad y la dominación con una demostración de amor.

El matrimonio no soluciona sino que empeora los problemas que no se hayan resuelto antes. Las promesas hechas en épocas idílicas mueren en épocas de obligaciones. Los verdaderos cambios no son de palabra ni se los deriva a un futuro incierto. Se inician YA si hay conciencia de su necesidad y motivación suficiente para hacer el esfuerzo.

El amor es una fuerza poderosa pero también lo es la falta de voluntad o el desinterés por mejorar. ¿Estarán preparados para conciliar la ternura con los platos sucios? ¿La pasión con las anginas del hijo, el misterio con las cuentas por pagar? ¿O todos los esfuerzos le pertenecerán a ella y si no se logra la felicidad será por culpa de la mujer, que no ha encontrado la manera perfecta de satisfacerlo a él?

El amor trae vida y no ganas de suicidarse; estímulo, crecimiento y superación, no deseos de anularse en pos de otro. Necesita la visión inteligente de los atractivos de una persona sin minimizar sus defectos y una decisión honesta con respecto a si se puede o no convivir con ellos

El amor es respeto y no argumentos para aceptar lo injustificable. Es un compromiso mutuo de compartir valores, metas e intereses; de tolerar las diferencias individuales sin querer ni necesitar mimetizarse con el otro. Es un estímulo para la creación, el progreso y la independencia de cada uno, junto a la alegría de poder compartir esos logros individuales. Es profundizar la intimidad, la expresión de los sentimientos y el placer en la compañía más cálida.

Mucho se ha dicho sobre el amor pero quisiera finalizar con unos párrafos que constituyen una síntesis de lo que he intentado expresar:

"La esencia del amor comprende la afirmación de la persona en cuanto tal.

"(La persona dice) 'Yo soy y yo he de ser independiente en mis actos'. Sobre este principio descansa toda la coexistencia humana. No se puede usar de la persona porque el papel de instrumento ciego o de medio que sirve para fines que otro sujeto se propone alcanzar es contrario a su naturaleza.

"La persona es un bien tal, que sólo el amor puede dictar la actitud apropiada y valedera respecto de ella.

"Sólo las personas participan del amor (por ser sujetos independientes unidos por elección libre en un proyecto común).

"...No puede imaginarse un amor entre dos personas sin ese bien común que los liga y que será al mismo tiempo el fin que ambas *habrán escogido a la par*. Esta elección consciente, *hecha conjuntamente por dos personas distintas, las coloca en un pie de igualdad* y por lo mismo *excluye que una de ellas trate de someter a la otra*. Por el contrario, ambas estarán igualmente y en la misma medida subordinadas a ese bien.

"El amor es una comunión de personas.

"No puede haber unión en el matrimonio si la justicia está ausente. ...la justicia exige que la persona sea amada, y que sería contrario a la justicia servirse de la persona como de un medio.

"...El hombre posee esa facultad de dar y de aceptar propia del amor cuando su actitud respecto de la mujer se inspire en la afirmación del valor personal de ésta, e inversamente.

"...Sólo la mujer que tiene conciencia de su valor personal propio y del del hombre a quien se entrega es capaz de darse verdaderamente y viceversa.

"La gran fuerza moral del verdadero amor reside precisamente en ese deseo de felicidad, del verdadero bien para otra persona."

Estas palabras de Karol Wojtyla —hoy Juan Pablo II—, son una meditación apropiada y universal para que hombres y mujeres puedan sobrepasar las ansiedades amorosas del presente inmediato y detenerse a reflexionar sobre la existencia de un futuro posible, de acuerdo con esta profundización del significado del amor.

Identidad y subjetividad femenina

Marcela Lagarde

En: IDENTIDAD Y SUBJETIVIDAD FEMENINA,
Memoria, Puntos de Encuentro, pp. 5-23, Managua, 1992.

GUIA DE ESTUDIO

* La conformación de la identidad de las personas es un proceso que responde a las distintas formas o sistemas de clasificar a los seres humanos, que una sociedad determinada elabora en un momento histórico determinado. Mencione cuáles son los elementos clasificatorios alrededor de los cuales, según Lagarde, se organiza la identidad de las personas en nuestra sociedad occidental actual.

* Estos sistemas de clasificación son sistemas que no solamente permiten o prohiben a los distintos grupos humanos realizar o no determinadas actividades o jugar determinados roles sino que tienen repercusiones más amplias. Mencione otros espacios de la vida que son afectados por estos sistemas clasificatorios.

* Las mujeres tenemos una identidad construida en base a la confusión entre lo que es producto de lo biológico o natural y lo que es construido por la sociedad. Señale las consecuencias que esto tiene para las mujeres en relación a: la posibilidad o no de identificarnos unas con otras y con los demás, la posibilidad de ser personas en sí mismas y no en dependencia de otros.

* Señale las cualidades o atributos asignados al género femenino que van determinando la dependencia en las mujeres en relación a: el sentido de la vida para las mujeres, la forma de conocimiento, la sabiduría y el trabajo asignado a las mujeres.

* ¿Cuáles son las características de lo que Lagarde llama "ser para" y "ser de" propios de la identidad de las mujeres?

I. CONCEPTOS GENERALES

Nuestra cultura ha organizado de manera muy esquemática las identidades. En este mundo, que es un sistema de especializaciones para poder vivir, unos son especializados hombres y otras mujeres. No se nace hombre o mujer con todo lo que ello significa en nuestra cultura. Más allá de la biológica, somos seres construidos, históricos, no naturales.

En tanto consideramos que las mujeres somos efecto de la naturaleza y no de la cultura, los elementos comunes de identidad no cuentan en la conformación de nuestra subjetividad, ni facilita que nos reconozcamos las unas en las otras.

1. La identidad

Existe cierta tendencia a usar como sinónimos los términos subjetividad e identidad. Desde un punto de vista antropológico, la identidad no es sólo subjetiva, sino que abarca todos los componentes que conforman a la persona. La frase: ¿Quién soy? hace una pregunta directa en torno a la identidad, pues el SER es el contenido central de la identidad, y la respuesta YO SOY --cuando la pregunta surge del sujeto mismo-- incluye las percepciones que éste tiene de sí mismo.

Pero este ¿Quién soy? o ¿Quiénes somos nosotras? también puede responder a los otros, cuando los otros son interlocutores de nuestra identidad. Es así que según una se responda a sí misma o responda a los otros, la respuesta puede variar y las preguntas: ¿Quién sos? o ¿Quiénes son ustedes? tienen respuestas múltiples, no porque tengamos identidades múltiples, sino porque la identidad está constituida por distintos elementos que le dan contenido y expresión.

¿ Qué es y cómo se conforma la identidad?

Hay múltiples factores determinantes -no aleatorios- que conforman la identidad: El primero y más importante es el género -- y en nuestra cultura está contenido en el nombre que nos designa--. El genero es uno de los elementos simbólicos de identidad que expresan la identidad de género. Otros elementos de identidad son: clase, nacionalidad, edad, etnia,.religión, ideologia, adscripción a un partido, etc.

Un aspecto esencial de la identidad es el cambio. Cambiamos en nuestra identidad conforme vamos viviendo porque es un proceso o un conjunto de procesos y no algo estático. Los cambios ocurren en años y generalmente conciernen a aspectos formales de la identidad más que a aspectos esenciales de la misma. Por otra parte, hay aspectos de la identidad que no cambian o cambian muy poco y por lo cual podemos considerarlos casi fósiles; son los aspectos primarios de la identidad, los más arcaicos en la formación de las personas.

La identidad se define a partir de elementos que singularizan a los individuos y los hacen específicos, distintos, o, por el contrario que los hacen semejantes a otros. Por ejemplo, a partir de una habilidad para tocar el violín, una persona tiene una identidad de artista del violín, que es única en su grupo, pero que también le hace participar de la identidad del grupo de los que tocan el violín.

La identidad también puede estar conformada por otros aspectos particulares; por ejemplo marcas corporales u otras características diferenciales: el color blanco de la piel en un pueblo de morenos puede constituirse en un elemento central de identidad para una persona. En efecto, desde el género, la clase o la religión, hasta un simple elemento corporal como el color del pelo, la piel, un simple lunar o una condición de salud, como sería en el caso de una malformación física, pueden ser elementos que organizan la identidad de las personas. Todo lo que identifica a los individuos constituye elementos de su identidad.

¿ Cómo se organiza la identidad?

La identidad se organiza a través de una metodología sociocultural histórica. Esto quiere decir que las identidades no se crean espontáneamente sino que son construidas y por lo tanto productos de las sociedades y las culturas concretas que conforman a los sujetos que las reproducen. Históricamente las sociedades han construido y construyen a los sujetos que necesitan para reproducir esa sociedad. Ha habido sociedades que han construido aristócratas, y en esas sociedades no se construían sujetos para el trabajo porque el trabajo.no es elemento constitutivo de la identidad del aristócrata.

La mayor parte de las sociedades existentes construyen sujetos para el trabajo. Estas sociedades han construido a la mayor parte de los seres que han pasado por la tierra como seres del trabajo; más o menos los que estamos vivos en la actualidad: seis mil millones de entes que tienen el trabajo como núcleo de
su identidad.

La identidad se organiza a través de una metodología histórica que se efectúa mediante un sistema de clasificación propia a cada sociedad y cultura. Las identidades son producto de un sistema de clasificación de los seres humanos y en ese sentido todos

los seres humanos somos afirmación y negación. Nos afirmamos como unos, pero entonces no somos los otros. Al ser, afirmamos una identidad y negamos otra u otras: Si soy mujer no soy hombre.

Otro elemento de organización de la identidad es el principio de semejanza y diversidad. Somos semejantes y somos diferentes. Ser semejante a alguien, implica un proceso de reconocimiento en los otros. Ser diferentes a los otros significa un proceso de desconocimiento. Todas las identidades se viven como un proceso de reconocimiento y desconocimiento. Por eso decimos: yo me identifico con...; yo no me identifico con... Y estos fenómenos de reconocernos o desconocernos en los otros, pasan a veces por cosas muy puntuales o muy esenciales. Este fenómeno de reconocerse y desconocerse constituyen el principio de las identidades.

En un mundo de clasificaciones ser algo significa no ser lo otro. Y en realidad tenemos una organización muy esquemática de las identidad, por ello es que podemos ser muy pocas cosas, estamos determinados históricamente para ser de ciertas maneras y no de otras; para tener durante la vida ciertas opciones y no otras. Y mientras más autoritaria es una sociedad, más entes incluye en la clasificación como seres excluidos.

De esta manera, en este sistema de especializaciones para vivir, unas somos especializadas mujeres y otros son especializados hombres. Las identidades masculina y femenina no son fenómenos naturales. Hombres y mujeres son hechos construidos, nosotras somos seres construidas como mujeres y en ese sentido somos históricas y no naturales.

La mayor parte de los sistemas de clasificación existentes en el mundo todavia se organizan a partir de caracteristicas corporales. Y una clasificación muy obvia es ésta: Hombres y mujeres. El género se construye a partir del sexo, de lo que cada cultura reconoce como sexual; es decir, de las caracteristicas que en cada cultura son reconocidas como sexuales y a las cuales se asigna un valor.

Algunas culturas sólo miran la diferencia y la semejanza genital y sobre eso se construyen los géneros. En otras se incluyen como caracteristicas sexuales la estatura, la pilosidad del cuerpo, el peso, el tono de la voz, la talla, etc. Hay tratados de biologia que incorporan la fuerza; otros incluyen actividades tales como: barrer, limpiar, lavar, cuidar a los niños, etc. O sea se consideran atributos biológicos o naturales una gama enorme de cualidades que son culturales.

El número de caracteristicas definidas como sexuales varia mucho de una cultura a otra, pero esa clasificación genérica abarca a todas las sociedades conocidas. El impacto de la diferencia genital parece ser tan fuerte que ninguna de las sociedades de las que tenemos restos históricos ha dejado de clasificar a sus miembros a partir de ella. El

dimorfismo sexual es muy fuerte culturalmente y ha dado lugar a que todas las sociedades conocidas hayan clasificado, asignado valores, actividades, funciones, etc, a partir de esta diferencia sexual.

Otras dimensiones de la identidad

Este sistema de clasificación corporal también utiliza otras características de los sujetos. Hay sociedades que organizan las identidades en función del color de la piel y esta clasificación ha estado presente en todos los sistemas racistas. A partir de la piel no sólo se singulariza a los individuos, sino que también se define si son esclavos o libres, con todo lo que esto implica. Y la definición de esclavo es SER sujeto que trabaja sin límites, sujeto que hace sin límites bajo el dominio de otro.

Así como la obesidad y la delgadez también han sido categorías clasificadoras, también lo es la minusvalía; la cual está pasando de ser una categoría desvalorizada a una que no excluya, que no impida, que incluya a: funciones, espacios, horarios, modos de vida; formas de pensar y formas de sentir, lenguajes y poderes.

La minusvalía, que hoy es una categoría social, la de los seres minusválidos; es una construcción clasificatoria mundial de aquellos que tienen un impedimento físico (ciegos, sordos, etc.). Y en este momento histórico, en algunos países está dejando de ser un elemento de descalificación, para ser un elemento contingente que no sea un obstáculo para acceder a otros modos de vida, al bienestar.

Entonces, todo sistema de clasificación es un sistema de inclusión y de exclusión; de inclusión a actividades, funciones, territorios, espacios, modos de vida, horarios, formas de pensar y formas de sentir, relaciones, lenguajes y poderes. Y al mismo tiempo es una exclusión de todo lo antes mencionado: modos de vida, actividades, funciones, etc.

Así, todas y cada una de nosotras estamos clasificadas de muchas maneras al mismo tiempo e integradas esas clasificaciones en nuestra persona. Estamos clasificadas genéricamente a partir del sexo y ello implica deberes y prohibiciones. Pero además todas pertenecemos a mundos, a los mundos de los cuales venimos y ser mujer o ser hombre varía según el mundo en el cual vivimos.

El mundo es la categoría de identidad más amplia y cada mundo: occidental, oriental, indígena o cualquier otro, tiene su propia cultura, su lengua, sus valores, su religión, etc. Entonces, la categoría que determina el contenido del género es el mundo de pertenencia. Es decir, no es lo mismo ser una mujer de Nueva Guinea que ser una mujer europea; no es lo mismo ser una mujer nicaragüense del siglo XVIII que serlo en el siglo XX.

Otra dimensión que define el ser mujer y el ser hombre, y que por lo tanto marca y da contenido a nuestra identidad, además del mundo de pertenencia, es el país, reino, feudo, nación, etc., al cual pertenecemos; esto es, la categoría jurídico política de la territorialidad donde vivimos. La Nicaragua de hoy es distinta de la Panamá de hoy, aunque ambas formen parte del mundo occidental y de América Latina.

Además de esa categoría jurídico política que es el territorio, está también el sistema social que organiza ese mundo; es decir si se trata de un sistema basado en la cooperación, solidaridad, la comunidad de bienes, o bien si se trata de un sistema organizado en clases como ocurre en América Latina.

El género --soy mujer--, del mundo occidental, de América Latina, de éste u otro país, además queda definido por la clase a que se pertenece. Es distinto ser mexicana pauperizada, de un pueblito donde ha llegado el cólera, que ser mujer mexicana doctora en Antropología. La clase es un elemento que modifica al género, o sea, modifica las formas potenciales de vivir el Ser Mujer y modifica además las otras identidades ya mencionadas.

Otra dimensión de la identidad es la edad. Según la edad se tiene un modo de vida determinado en lo cual interviene también la clase y la nacionalidad. Así podemos encontrar una pequeña niña aristócrata que tiene un modo de vida determinado por su clase y por su género, y otra niña hija de migrantes que a los cuatro años aprende a vender chicles en las esquinas, a obtener el sustento cotidiano. Es por eso que no podemos hablar de la infancia en general, ni de características generales para todos los niños. Hay que particularizar según la clase, el mundo de procedencia y otros elementos que, interactuando con el género lo modifican.

La naturaleza nos hace invisibles

Todo lo que nos agrupa o nos separa es elemento de identidad. Pero en el mundo patriarcal, para las mujeres los elementos comunes de la identidad son borrados. Se hacen invisibles porque se los considera naturales, es decir, se remiten a los instintos, a las hormonas, a la biología; es decir se explican a partir del hecho de tener una matriz, el tamaño del cerebro y de todo aquello que se considera determinaciones biológicas.

Pensar en los sujetos mujeres de esta manera, es estar en esa dimensión de la cultura en que ser mujer no es un hecho histórico, sino un hecho de la naturaleza. Por esta consideración, las mujeres constituimos una identidad femenina, en que ser mujer no está en primer lugar como elemento que configura la identidad. Más bien, en este caso, ser mujer se convierte en un hecho natural. Y en tanto consideramos que las mujeres somos efecto de la naturaleza y no de la cultura, los elementos comunes de

identidad no cuentan en la conformación de nuestra subjetividad, ni facilita que nos reconozcamos las unas en las otras.

Es por ello que el hecho de ser iguales o semejantes a otras mujeres no nos importa. La comunidad de identidad nos deja impasibles, no nos mueve a la construcción de afinidades o de formas de adhesión, o de re-conocimiento en las otras. El hecho de ser iguales o semejantes a otras mujeres no está facilitado en las sociedades en que vivimos. En el mundo patriarcal, se hacen invisibles los elementos comunes de la identidad femenina y desde el género se sobrevaloran aquellos elementos de identidad que son diferenciadores para nosotras (la clase, religión, etc.)

La nacionalidad, el grupo de edad, la clase social y cualquier otra dimensión de la identidad está sobrevalorada y puede servir para separarnos, para hacernos distintas. Las mujeres vivimos en procesos permanentes de des-identificación porque priorizamos otras referencias vitales, distintas al hecho de
ser mujer.

Desde el género nos distanciamos; es decir privilegiamos otros aspectos de nuestra identidad y por ello decimos: Yo soy obrera, o yo soy profesional. Desde el género subsumido (naturalizado e invisible) sobrevaloramos por ejemplo, el elemento de identidad de clase y nos distanciamos de las otras o bien las otras nos distancian.

Esta des-identificación entre mujeres no ocurre en cualquier circunstancia, ocurre cuando tratamos de identificarnos como género; en ese momento, frente a las semejanzas se privilegia la diferencia, se privilegian otros atributos ajenos al género. Y ello ocurre porque estamos en una cultura, en un orden del mundo, que nos construye divididas, separadas, antagonizadas, irreconocibles las unas en las otras, irreconciliables.

Cuando hablamos de identidad, en realidad estamos hablando de un orden del mundo, de un sistema que se concreta en los sujetos y en cada una de nosotras. Cada una de nosotras somos la síntesis de múltiples determinaciones sociales, culturales y políticas que se expresan en nuestra identidad.

La identidad tiene muchas características. Una de ellas es que pueden ser identidades armónicas o desarmónicas. En las primeras, los elementos que la conforman se embonan armoniosamente. Pero también hay identidades en las que los distintos aspectos que la conforman se contraponen. Es por ello que a veces privilegiamos un aspecto de nuestra identidad para no reconocer otros que vivimos de manera poco armoniosa, o que vivimos de forma conflictuada.

Hay identidades muy dolorosas; la identidad negra en el Apartheid es una identidad muy dolorosa. También lo es la identidad femenina en las sociedades patriarcales. Y

esta es otra característica de la identidad femenina: como forma parte de una escala de valores y de una jerarquía política en el mundo patriarcal, lo positivo de la identidad femenina se considera natural, es decir, corresponde a la naturaleza femenina y esa es la parte positiva en la cultura patriarcal.

La identidad femenina culturalmente, histórica y políticamente es una identidad negativa, porque es la identidad de los seres inferiores en el sistema. Tenemos una identidad que sólo es positiva cuando es naturaleza y es negativa para todo lo demás.

En las mujeres, esto se concreta en la construcción de un sentido de la vida muy particular: nos realizamos positivamente viviendo los hechos que en nuestra cultura son considerados naturales; por ello podemos sentirnos halagadas cuando alguien alaba los hijos que tenemos, lo bonito de nuestro cuerpo, de nuestros ojos. Estos son atributos que en nuestras culturas se consideran naturales y que están referidos a la sexualidad.

Identidad y sexualidad

En el mundo patriarcal, la sexualidad es el eje de la identidad femenina. La sexualidad está en la base de la identidad femenina porque también está en la base de la condición femenina. Y en el caso de nuestro género, la sexualidad está especializada en dos áreas escindidas: la procreación y el erotismo.

En nuestra cultura la procreación es positiva y el erotismo es negativo. En nuestras culturas occidentales y patriarcales, el erotismo sólo puede purificarse simbólicamente si está subsumido en la maternidad y la conyugalidad. O sea, solamente es válido en la normatividad de la maternidad, del matrimonio, las instituciones, ciertos momentos de la vida, etc. Cuando el erotismo aparece independiente de estas normatividades, construye identidades sobrevaloradas, pero con una carga negativa desde el punto de vista ético.

La cultura occidental escinde nuestra sexualidad en áreas confrontadas y antagónicas. Es por eso que las mujeres --unas más que otras-- tenemos sexualidades escindidas. Algunas negamos profundamente los aspectos que esta cultura reconoce como eróticos. Otras exaltamos los aspectos maternos de nuestra persona e incluso de nuestros cuerpos, porque las identidades también son expresadas a través de los cuerpos, tienen un lenguaje y sirven para que los otros nos reconozcan o nos diferencien.

2. Autoidentidad e identidad asignada

Las identidades tienen varios aspectos y uno de ellos es el aspecto que la identidad tiene para cada sujeto, o sea la autoidentidad. La autoidentidad se conforma por la

conciencia que el sujeto tiene de sí mismo en su relación con el mundo y por los sentimientos diversos acerca de su propio ser.

La autoidentidad también está conformada por elementos inconscientes que se expresan en actos, sentimientos o procesos. Con frecuencia, estos elementos inconscientes se manifiestan a través de sueños, sentimientos, pesadillas, compulsividades y en muchos otros hechos que vivimos como inexplicables e incomprensibles porque nuestra cultura no nos enseña a interpretarlos y entenderlos.

La autoidentidad está construida a partir de la identidad asignada, de esa que nos asigna el mundo, de esos cientos de asignaciones que el mundo hace a las personas: asignación de una identidad de género, de clase, de una identidad nacional, de edad, etc. Y el mundo nos asigna identidades porque los sujetos no somos independientes, es el mundo que nos constituye. Es así que las identidades asignadas se constituyen en una exigencia de SER o en una prohibición de SER.

Desde luego hay diversas mediaciones entre la autoidentidad y la identidad asignada y no siempre se corresponden del todo. A veces hay conflictos entre las identidades asignadas y la autoidentidad. Son conflictos que surgen del DEBER SER y el cómo me siento.

Sin embargo, en las mujeres, las identidades asignadas tienen mayor fuerza que la autoidentidad; se nos asignan identidades que generalmente son compulsivas (de realización obligatoria). Y son compulsivas porque se hacen aparecer como sobrenaturales. Para las mujeres, en tanto la mayor parte de los contenidos de nuestras vidas son considerados naturales (o sobrenaturales), estos contenidos son considerados compulsivos, es decir, no podemos dejar de realizarlos, son irrenunciables.

Y aún aquellos elementos de las identidades asignadas que nos parecen más sociales parecen sometidos a poderes extraordinarios. El poder de los otros sobre nosotras aparece la mayor parte del tiempo como algo irrenunciable: El poder de dios, el poder de los hombres, la fuerza de las instituciones.

Es a partir de esas características que casi todos los hechos de nuestra identidad asignada prevalecen sobre nuestra autoidentidad. Esto implica una lucha donde los conflictos de identidad son vividos afuera, en el mundo, y adentro de nosotras mismas, como un drama interno, o bien, como un goce interno cuando los conflictos se resuelven.

La identidad no es solamente un hecho subjetivo; para nuestro género abarca la vivencia del cuerpo, porque el cuerpo está en el centro de la definición de nuestro género, e incluye características sociales porque ocupamos un lugar (o varios lugares)

en la sociedad, que pueden modificarse a lo largo del tiempo e incluye también las características de la subjetividad del ser mujer.

El sentido de la vida en la identidad femenina

La experiencia particular de vida de cada mujer es una experiencia que no está determinada por nuestra voluntad, sino por las condiciones de nuestra vida. Nuestra identidad incluye una perspectiva filosófica que se puede resumir como el sentido de la vida, que siempre nos está constituyendo.

A veces, entramos en crisis personal o nuestro mundo entra en crisis y se pierde el sentido de la vida. Por ello, así como el mundo nos constituye, sería deseable lograr --en algún momento de nuestra vida-- una separación entre yo y "mi mundo", al menos como método para restablecer el sentido de la vida cuando las crisis afectan el mundo que nos constituye.

Cuando nuestro mundo entra en crisis hay que tener mucha imaginación para mantener el equilibrio; para continuar teniendo un sentido de la vida. Sin embargo, para las mujeres hay "sentidos de la vida" que son irreparables porque la imaginación no es una cualidad genérica asignada a las mujeres. Todo lo contrario, somos construidas como seres naturales, compulsivamente determinados y lo que es compulsivo no implica imaginación, sino repetición.

Es a partir de las ideologías que se construyen:

a) La dimensión filosófica de nuestra identidad y nuestra conciencia del mundo.
b) Los límites de nuestra persona ó bien, la falta de límites.

Así construimos los límites de nuestros conocimientos y de nuestra sabiduría, los cuales, genéricamente son muy restringidos.

Una cualidad genérica de las mujeres es la ignorancia. Se trata de una cualidad a desarrollar y construir durante toda la vida, ser cada vez más ignorantes; a tal punto que cualquiera de nosotras, ante un problema teórico o práctico cualquiera, antepone su ignorancia, su incapacidad real o supuesta, el demasiado esfuerzo que implica para no aprender. Todo lo que implica conocer, develar, cuestionar; todo lo que significa procesos del pensamiento no son atributos de genere. Para las mujeres, los atributos de género en torno al conocimiento son: conocer pragmáticamente el mundo, a partir de lo formal y lo aparente.

Para las mujeres, es atributo de género ser acríticas, incapaces de utilizar métodos específicos distintos de análisis para cada cosa. Toda esta subjetividad está estructurada

por la creencia de que el mundo es de cierta manera y es incuestionable. Yo soy de cierta forma y es incuestionable.

Estas perspectivas ideológicas definen la configuración y los confines de nuestro universo. Es desde el género que construimos el tamaño de nuestro universo y entonces podemos preguntarnos ¿Cuál es el tamaño del universo de las mujeres que crecen con los pies vendados? O de las que no pueden ir más allá del patio de la casa.

El tamaño del universo, el tamaño de lo que se conoce a través de la experiencia directa --que es otra forma de conocimiento-- está genéricamente determinado, porque una mujer en función del género solamente puede conocer ciertos lugares, sólo puede conocer ciertas actividades, sólo puede conocer a ciertas personas, etc.

La sabiduría no es sólo el universo vivido. La sabiduría sintetiza lo vivido en la experiencia directa y lo aprendido a través de la experiencia de los otros (por ejemplo la lectura). Sin embargo, en las culturas patriarcales donde vivimos, en función del género tenemos prohibida la lectura de las experiencias de los otros, tenemos prohibido indagar el mundo a través de la lectura. A millones de mujeres en el mundo nos duele la cabeza al leer, se nos cansa la vista, se nos calientan los ojos, nos arde el cerebro y agotadas cerramos los libros antes de leer.

Es una subjetividad conformada para no descubrir el mundo en la experiencia de otros; de ahí que no escuchamos la experiencia ajena, y si la oímos reducimos a nuestra propia experiencia la experiencia diferente. Son mecanismos de la subjetividad femenina donde aparece inhibida la capacidad de realizar otros análisis distintos. Es por ello que cuando sabemos de las experiencias de otras personas, de inmediato, antes de analizar lo que hizo, decimos "yo no hubiera hecho eso".

De manera no consciente nos convertimos en paradigma (ejemplo o modelo) del mundo, precisamente porque no lo somos y al no serlo en la realidad, utilizamos el mecanismo mágico de sustitución de protagonismo en el mundo. Nuestro conocimiento del mundo es tan inmediato que no sale de nosotras mismas y compensamos nuestra ignorancia mediante ese mecanismo, según el cual "todas las experiencias tienen que remitirse a mí". Nuestro mundo está hecho de las certezas que nos da el mundo patriarcal y por ello no aceptamos alternativas que no conocemos.

La intuición

¿Cuál es el tamaño de la sabiduría de cada una de nosotras? ¿Qué es lo que cada una sintetiza en su subjetividad como conocimiento, aunque no lo haya vivido? Esta síntesis es una relación entre conocer y saber que define los límites del universo de cada

mujer y del género. ¿Cuál es la sabiduría permitida a las mujeres? o, ¿Es reconocida culturalmente la sabiduría de la mujer?

La sabiduría de las mujeres generalmente es calificada como "intuición" y la intuición es considerada una función subjetiva negativa, inferior; se valora como una cualidad existente en seres que pertenecen a un rango inferior en la escala evolutiva. En la cultura patriarcal, la sabiduría de las mujeres no es reconocida como un saber, ni es valorada en la misma escala que otros saberes.

La intuición es una forma de conocimiento que incluye formas afectivas inconscientes de percepción del mundo. Es por ejemplo cuando decimos: "ni hablés porque ya sé lo que me vas a decir".

De manera inconsciente captamos señales: miradas, movimientos, expresiones, guiños, etc., los descodificamos, y a partir de ellos, interpretamos (adivinamos) contenidos de pensamientos y sentimientos.

La intuición es una forma de conocimiento que culturalmente se fomenta en la subjetividad femenina, es una especialización para el trabajo que realizamos. La intuición es producto de nuestras formas de relación con los otros, que es inmediata y es intima. Es una superespecialización del género en la que predomina la afectividad y en la que permanentemente estamos interpretando lo que ocurre a los otros. La intuición además, se combina con formas conscientes de percepción del mundo.

Cuando la vida cambia: la mía y la del mundo, en mi subjetividad se instala la incertidumbre. Los cambios nos generan incertidumbre porque no tenemos incorporado en nuestra persona --en nuestra identidad-- el goce de la incertidumbre del futuro, de lo desconocido y ante una crisis en nuestra vida o en el mundo, dejamos de ser de una manera para ser de una manera desconocida.

El goce de la aventura, de lo ignoto, no es una cualidad de género de las mujeres. Estos son atributos construidos para aquellos seres que construyen, que crean, es decir, para los hombres. Para las mujeres los atributos de género son las certezas, lo repetitivo, los esquemas rigidos, los futuros asignados, porque somos el género que reproduce el mundo y no el género que transforma el mundo. Como género, nuestra función es reproducir el mundo y no transformarlo, es custodiar el mundo existente (sin cambiarlo).

Reproducir y custodiar: Un trabajo intelectual femenino

Como intelectuales hay quienes son creadores de cultura, pero crear cultura no es función genérica de las mujeres. Como intelectuales de la cultura, la función de género asignada a las mujeres es preservar la cultura, preservar la sociedad, preservar el orden político y el orden axiológico del mundo, es decir lo bueno y lo malo, lo debido y lo

indebido. En este sentido, en tanto custodias de la moral, de las costumbres y las tradiciones todas las mujeres somos intelectuales.

Otra función importante de la condición de la mujer, que tiene que ver con esta identidad, es la de ser "purificadoras del mundo". Esta es una función real y simbólica que corresponde a espacios reales y simbólicos: Las mujeres somos las encargadas de limpiar lo sucio, lo impuro del mundo, lo que se descompone. Las mujeres vivimos el día entre lo impuro, quitándolo de los ojos de los demás. Por eso lavamos, cocinamos, purificamos las cosas, cuidamos a los niños y los enfermos, amortajamos a los muertos y rezamos por ellos para que se purifiquen, escuchamos las impurezas de las vidas de los otros. Todos ellos son oficios rituales reales y simbólicos del trabajo cotidiano, que es invisible y permiten al mundo estar libre de impurezas.

En su devenir, los otros, la sociedad, la cultura no solamente producen impurezas, también se lastiman, se dañan, sufren averías y nosotras tenemos la función genérica de reparar esos daños. Y si estamos ubicadas acá, en occidente, podemos ver que un componente central de la subjetividad femenina es la culpa.

La culpa como mecanismo de reparación

En nuestras sociedades gran parte de la afectividad femenina es construida en torno a la culpa; la culpa se convierte en una cualidad de género y es por ello que desarrollamos dos extraordinarias características:

a) Sentirnos culpables
b) Culpabilizar a los otros.

Las mujeres nos movemos a lo largo de la vida en una tensión entre: culpabilizarnos y culpabilizar al mundo, porque la culpa es un mecanismo político que nos impulsa a las mujeres a reparar el mundo. El otro mecanismo que también está en la identidad femenina es una falta de límites entre el YO y los OTROS.

En nuestra subjetividad nos confundimos con los Otros, no sabemos donde empezamos nosotras y donde acaban los otros ¿Ese problema es tuyo o también es mío? ¿Este dolor es tuyo o me duele a mi también? ¿Me ama o lo amo?. No alcanzo a discernir si es mi hambre o el hambre del que está al lado. Este mecanismo, en el que las mujeres somos construidas como seres sin límites con los otros, permite que nos ocupemos vitalmente de los otros.

¿Cómo se construye un ejército mundial de 3.000 millones de seres encargados de adivinar y satisfacer el hambre del que está a lado? Se construye con un mecanismo a través del cual las personas no se sienten separadas.

Cada sistema social decide quienes son los otros sobre los que cada mujer debe responsabilizarse vitalmente y cada mujer queda responsabilizada de tres o diez "otros"; y algunas por opción de nadie. Y cuando digo "vitalmente" me refiero a esa dimensión de la existencia que tiene que ver con la muerte, con la vida diaria de los otros. A este fenómeno de cuidar vitalmente a los otros los tratados de economía le llaman "reproducción de la fuerza de trabajo".

Estas categorías que se han usado para explicar el mundo no sirven porque no sólo reproducimos la fuerza de trabajo. Como mortales los seres humanos están de cara a la muerte en cada instante de la vida, y las mujeres nos ocupamos de que los otros vivan. Pero nuestra cultura no llama por su nombre el quehacer de las mujeres. En tanto funciones asignadas al género femenino, son sólo un dato de la existencia. Cuando una madre amamanta a un hijo lo preserva de la muerte y aunque ésta es una de las actividades prioritarias del mundo eso no se nombra: para la cultura patriarcal eso es instinto, es naturaleza.

La subjetividad de las mujeres está construida en una pedagogía de género para encargarnos de la vida de los otros, la vida que se mantiene a través de la alimentación, a través del espacio íntimo, a través de la reproducción afectiva, a través de la reproducción erótica.

Y en esa función de cuidar a los otros en sus afectos, en su erotismo, nosotras encontramos el sentido de nuestra existencia, la madre es cuando alimenta; la amante es en el momento en que hace el amor. Esos son hechos que nos afirman en el terreno de la identidad.

Como género sólo existimos por la mediación de los otros, a través de los otros, en los otros. Franca Basaglia hace la siguiente definición genérica: Las mujeres somos seres para los otros. Esta es una definición genérica que encuentra sus formas de expresión o realización concreta en las particularidades de la vida de cada mujer.

Arriba he mencionado que la mayor parte de las vías de realización del ser para los otros está en la sexualidad. Logramos ser para los otros a través de la maternidad, pero la maternidad precisa de la conyugalidad y es ahí donde aparecen unos otros muy importantes en la vida de las mujeres. Y aún aquellas que renuncian o están impedidas para desarrollar la maternidad o el erotismo, se vuelcan en otras formas sociales y simbólicas de cuidado de los otros; de éstas está lleno el movimiento popular en América Latina.

Esta forma de estar en el movimiento popular por parte de las mujeres latinoamericanas, tiene su soporte en esta identidad femenina; en vez de que los otros sean tres, son las masas; en vez de seis, que sea todo el sindicato. Y cuando hablamos de

toda América Latina, es un hecho impresionante, son "mis" otros y nos inmolamos por ellos. Esa es la tragedia: la inmolación permanente de las mujeres y es un fenómeno de la identidad.

3. Mujer: Ser para y ser de los otros

Sabemos que hacer para la sobrevivencia de los otros, pero nosotras no sabemos sobrevivir. En vez de vivir para los otros, tendríamos que aprender a vivir desde nosotras. En vez de tener a los otros enfrente de nosotras como sentido permanente de nuestra vida, debemos aprender a construir el YO. Una cosa es vivir en o para los otros, que vivir con los otros desde el Yo. El con es una palabra que significa reciprocidad, significa pacto, asociación, interlocución y sobre todo significa separación.

En nuestra cultura occidental, la inmolación se inscribe en la cultura de la culpa. Cargadas de culpa, prohibiciones y deberes, las mujeres somos cuando lo hacemos bien para los otros. Somos cuando cumplimos con la identidad asignada. Es ahí, en la complacencia de los deseos y necesidades de los otros donde aparece la vivencia de goce. Porque en la identidad femenina no solamente hay culpa, también hay goce y el goce está en ser para los otros. Desde la identidad genérica asignada este es el punto básico del placer para nosotras.

El contenido del amor de las mujeres es ser para los otros, el ideal máximo es perdernos en los otros, fusionarnos con el otro. Sin embargo esa fusión no es posible, genéricamente está prohibida, porque los hombres no están hechos para fundirse con nadie. El varón sabe que el es uno aquí y usted es otra allá. Esa subjetividad que nos hace desear fusionarnos con los otros no es una enfermedad, se llama mujer.

La inmolación es un fenómeno importante en la vida de las mujeres. Aunque nos re-creamos al ser, también nos consumimos al ser porque vivimos la vida con el sentido de ser para los otros, para la vida de los otros, y ello implica un desgasta irreparable de energías vitales. Sufrimos, nos preocupamos, trabajamos por los otros y además nos hacemos invisibles por ellos.

Para ciertos hechos nos volvemos muy visibles, pero en otros somos invisibles porque los sujetos del mundo patriarcal no somos las mujeres, sino los otros. En el mundo binario en que vivimos, compuesto por éste o el otro, solamente uno puede ser sujeto, sólo uno puede protagonizar. Y es por ello que, en los momentos de actuación con los otros, tenemos que subsumirnos en ellos para no perturbar demasiado su protagonismo.

Expropiación, dependencia y carencia

Un profundo sentimiento subjetivo de las mujeres es el de dar y dar y sentirse siempre desfalcadas, hay un sentimiento de que nunca obtenemos lo que queremos, nunca es suficiente nada; nada sacia nuestra carencia y este es quizás el elemento más importante en la subjetividad femenina.

El principio de la carencia es la dependencia: dependencia social, dependencia erótica, dependencia afectiva, dependencia económica, política, jurídica, dependencia psicológica, etc. Todas las dependencias que padecemos son la base de la carencia y la condición de la mujer.

El origen de las dependencias está en que las mujeres somos expropiadas de una parte del mundo y por eso dependemos del otro para tenerla, pero como es un mundo de poder patriarcal a nuestra dependencia se le llama dependencia. Las mujeres somos conceptualizadas simbólicamente como seres incompletos; la incompletud es una definición filosófica de las mujeres y ahí tiene su fuente toda la ideología de la media naranja, la necesidad de los hijos para la completud, etc.

Los hombres también son expropiados de una parte del mundo, pero a su dependencia se le llama autonomía. En la ideología de la cultura patriarcal los hombres no son sujetos carenciados, su identidad genérica masculina está construida como completud. Al contrario que para las mujeres, en el sistema de género, el paradigma positivo es lo masculino

En esas relaciones de unos seres completos y otros incompletos, los poderes patriarcales de género no solamente se ejercen dando u otorgando. Gran parte de ellos se ejercen en la vivencia de la mezquindad, en la vivencia de la avaricia de los hombres hacia las mujeres. En efecto, una forma de ejercer el poder patriarcal es no dando y si las mujeres somos seres para, son los otros quienes nos dan existencia. De esa manera ellos pueden quitarnos la existencia y lo hacen al no dar la voz, al no dar la mirada, al no dar el nombre, al no dar el dinero, etc.

El ser para significa una intencionalidad, un sentido de la vida: ¿Para qué trabajo? Para los otros. ¿Para qué pienso? Para los otros. ¿Qué siento? Siento el sentir de los otros. Muchas veces, las mujeres podemos estar asistiendo a una clase y al mismo tiempo estar ocupando toda nuestra actividad mental y afectiva en un problema de pareja, en el problema de un hijo.

Se ha comprobado que cuando la organización del trabajo no es muy autoritaria, las mujeres ocupamos casi un 40% del tiempo laboral en reproducir a los otros: evocándolos, descándolos, preocupándonos por ellos. Esto quiere decir que aún cuando supuestamente estamos siendo protagonistas, aún cuando estamos "haciendo", somos de

los otros, y nuestra vida es para los otros, y nuestro tiempo y nuestros afectos son para los otros. Somos seres ocupados, los seres no existen afuera, sobre todo existen adentro de nosotras mismas. Y esos que existen adentro, son fantasmas; es decir, son seres fantaseados, son parte de nuestra imaginación y los llevamos con nosotras a todas partes.

Cuando el sujeto es protagónico, su diálogo interior es una expresión de su elaboración del mundo y lo hace en primera persona. Cuando el sujeto es mujer su diálogo interior es con los otros, siempre ocupada por los otros. Nuestra afectividad e intelecto pertenece a los otros: los hijos, el marido, la amiga, la compañera de trabajo con la que nos llevamos mal, etc. Es como si no pudiéramos sustraernos de los afectos personales.

Así como el ser para expresa un sentido de la vida. El ser de expresa otra cosa distinta; expresa una relación política de propiedad. La identidad femenina es construida para tener dueño, dueña, dueños, quien sea que nos tenga en propiedad y la propiedad es desglosada en diversas formas: la propiedad como seres ocupados o la propiedad como posesión. Así vemos que toda cultura amorosa está plagada de la palabra poseer, poseer con sentido de usufructo, de uso. Por eso no es casual el sentimiento de las mujeres de sentirse "siempre ocupadas", siempre poseídas o usadas y que al mismo tiempo deseemos poseer, ocupar y usar a los otros.

Esta relación política de ser de los otros es la expresión de un orden social: las mujeres nacemos y somos de los padres, nacemos en familia y formamos parte de un linaje. Estamos en el mundo porque somos hijas de y esto no solamente significa una referencia de filiación, es una referencia de propiedad.

Este sistema de propiedad es un sistema jurídico, normativo y cultural. No solamente se aplica a las relaciones familiares y afectivas, también se extiende a los espacios públicos, a cualquier entidad que tenga los atributos del poder. Crecer respecto a los padres u otros significa modificar la relación de propiedad. Crecer significa dejar de pertenecer a los padres, los novios, maridos, amantes u otros dueños a los que pertenecemos en nuestros distintos ciclos de vida.

Es por ese sistema de propiedad que cuando pertenecemos a un sindicato, decimos: somos del sindicato. Nuestro marco de referencia y de existencia es el sindicato o cualquier otra institución a la que se pertenezca: la iglesia, los partidos políticos. No es casualidad que en los fenómenos religiosos, las primeras conversas son las mujeres, ello tiene que ver con relaciones políticas, pues los seres más dependientes en los sistemas patriarcales son las mujeres.

Estos fenómenos se explican a partir de la necesidad de adhesión al poder; por la necesidad de quien es dependiente, vulnerable y necesitado de protección. Se desarrollan estas vivencias en nosotras por este modo dependiente de estar en el mundo, por las actividades que tenemos asignadas, por la posición que ocupamos en la jerarquía política genérica.

Por todo esto las mujeres tenemos en nuestra identidad vivencias antagónicas extremas: O somos muy invisibles (la que no hace ruido, la que no molesta, la que no habla) o bien, somos muy visibles, a través de lo que sea: a través del grito, del cuerpo, de los saberes, de lo que esté a nuestro alcance. Pero también puede ocurrir que seamos visibles o invisibles según los espacios donde estamos: en la casa o en la calle; tenemos que tener una subjetividad adaptada para los dos mundos, separados y antagónicos.

La omnipotencia, la impotencia y el miedo

La identidad de género de las mujeres da lugar a otra vivencia sumamente importante: La omnipotencia. Esta es una cualidad de género que se combina con la impotencia. Pero esta relación entre potencia e impotencia tiene un método: somos omnipotentes para ser para los otros y somos impotentes para ser para nosotras como seres separados.

La omnipotencia es una especialización materna, es una vivencia que se nos refuerza genéricamente porque la mayor parte del tiempo convivimos con seres vulnerables a quienes les resolvemos la vida. Conseguir leche a las tres de la mañana, dinero cuando no hay; si hay que llevar un niño al hospital en lomo de mula, se le lleva; si hay que repartir el pan, hago que alcance aunque me quede sin comer. Es una omnipotencia para resolver la vida de los otros y ahí sí tenemos que estar prestas, ágiles, tenemos que ser imaginativas, creativas para resolver cualquier contingencia de la vida.

La omnipotencia es un sentimiento muy fuerte en las mujeres que tienen hijos menores o hijos con problemas. Un ejemplo de esto son las madres de los niños Dawn, las madres de presos o desaparecidos de América Latina, todas luchando, moviéndose, enfrentando instituciones, haciendo todo lo que posiblemente no harían para inscribirse en un curso. Por nosotras nada, por los otros (hijos, maridos, hermanos) todo.

Cuando se trata de nosotras mismas siempre hay un sistemático "no puedo". En nuestra identidad todo nos llama al "no puedo" o "no quiero" o "no me atrevo". La impotencia es un producto del miedo. Me da miedo y entonces, antes de que aflore el miedo me impido vivirlo y soy impotente. De esa forma podemos vivir la impotencia, pero evitamos el miedo.

impotencia es un producto del miedo. Me da miedo y entonces, antes de que aflore el miedo me impido vivirlo y soy impotente. De esa forma podemos vivir la impotencia, pero evitamos el miedo.

A lo largo de la vida, muchas mujeres hemos ido incorporando actividades y vivencias nuevas que no estaban en el plan de nuestra vida. La mayor parte de nosotras somos hijas de eso: de ir incorporando a la vida actividades distintas del plan con que fuimos nacidas y creadas, y eso ha significado ir venciendo las impotencias. De hecho, todas las mujeres que vivimos hemos vencido a la impotencia, pero todas las que vivimos más allá de la norma, vivimos en lucha contra la impotencia.

Cuando desde la antropología estudiamos las identidades, las estudiamos en movimiento a lo largo de la vida, porque van cambiando conforme lo que se va viviendo; nosotras podemos nacer en un mundo, vivir en otro y morir en otro. Ha habido épocas de la historia en que esto no ha ocurrido así, el mundo estaba estático. Nosotras somos generaciones de mujeres que vamos modificando el plan de vida de manera muy rápida y a veces incluso, sin tiempo para poder elaborar los cambios que han ocurrido en nosotras mismas y en el mundo.

Para las mujeres todos los haceres son batallas ganadas a la impotencia porque es un género para el cual descubrir, crear o imaginar no son atributos asignados ni reconocidos. Estas son dimensiones que se expresan en la subjetividad, pero son, por decirlo metafóricamente: formas de control político para mantenernos en la reproducción de la identidad de género. Porque toda la omnipotencia, todos nuestros poderes, nuestra imaginación vivida y hecha realidad en función de los otros, no es más que un cumplimiento con la identidad de género.

La impotencia es un sistema de prohibiciones por medio del cual se asegura el cumplimiento de la función asignada, es decir la reproducción de la identidad de género. Es un sistema donde prevalece la prohibición y una impotencia sustituye a otra. Es así que hoy vencemos una impotencia y luego nos encontramos con otra.

La impotencia es el mecanismo a través del cual se inserta la prohibición en cada una de nosotras, de manera que no necesitemos vigías. Al negarnos nosotras mismas la posibilidad de hacer cosas distintas no necesitamos vigilancia, nosotras mismas somos nuestra propia custodia, garantizar que nos portemos bien, que seamos lo que nuestro mundo espera que seamos.

La capacidad dadora de las mujeres: La dádiva

Antes he hablado de la carencia, pero no he hablado de la dádiva; ésta es la capacidad dadora y constituye un núcleo muy importante en la identidad de las mujeres.

La dádiva, asociada a un orden político opresivo, es una vía para la expropiación de las mujeres.

A las mujeres se nos enseña a dar y seguir dando, para luego pedir prestado para volver a dar, y ese es un mecanismo de expropiación; nadie tiene que venir a sonsacarnos nada, siempre estamos listas para darlo todo: nuestros afectos, nuestras energías vitales, nuestro trabajo invisible, nuestras capacidades, etc.

Desde un punto de vista teórico, fuera del sistema político que nos envuelve, ésta es una cualidad extraordinaria, porque a partir de esa capacidad dadora las mujeres crecemos. E incluso, en medio de este sistema opresivo, esa cualidad nos permite crecer porque nos esforzamos, aprendemos, nos allegamos recursos y nos apropiamos del mundo. Nos apropiamos del mundo para dar.

En el mundo patriarcal, no dar es pecado femenino e incluso llega a ser delito. En muchos países el abandono de personas es delito femenino; en las cárceles no se encuentran hombres procesados por abandono de infantes, en cambio sí hay muchas mujeres que están detenidas por ese delito. Nosotras estamos vinculadas al mundo a través del dar. No es una cuestión de voluntad, se trata de normas compulsivas que nos obligan a ello.

La capacidad dadora nos permite sobrevivir porque a través de la dádiva nos conectamos (o nos desconectamos) con los demás, intercambiamos bienes y servicios, aunque sean infravaluados. Muchas mujeres que protestamos contra la identidad femenina --sin hacer manifestaciones--, expresamos nuestra rebeldía dejando de cumplir las actividades más estereotipadamente femeninas: no limpiamos, no recogemos las impurezas, no hacemos más el trabajo invisible, y por eso nos peleamos (las que peleamos) por los platos sucios de la casa. La lucha se instala en esos ámbitos, en las pequeñas huelgas cotidianas, en las pequeñas rebeliones a la identidad femenina ❑

La subversión y la transgresión

Marcela Lagarde

En: JUVENTUD Y FEMINIDAD: UN PLAN PARA VIVIR, Memoria, pp. 67-82, Puntos de Encuentro, Managua, 1993.

GUIA DE ESTUDIO

* Enfrentar el dominio pasa por la construcción de la independencia. ¿Qué es lo que Lagarde plantea para que las mujeres podamos construirnos como seres independientes, en relación a: las normas, la autoridad, la disciplina?

* Explique por qué las mujeres necesitamos construir un espacio propio, una intimidad propia, la posiblidad de generar recursos económicos, de ser afectivamente independientes.

* Señale cuáles son los elementos que Lagarde menciona como necesarios para construir la autonomía de las mujeres, en relación a la toma de decisiones, inventario de los recursos actuales, sexualidad, maternidad e interrelación con los hombres.

Puede haber muchas crisis -he mencionado las más importantes, aunque lo peor es cuando no hay crisis. Hay que aprender a enfrentar la crisis y con esto enriquecernos. De cualquier manera, de maneras acertadas o de maneras dañinas para cada una, todas las jóvenes enfrentan las crisis de la juventud -las de entrada, las de salida, las de todos los días-. El hecho es que en términos generales, tenemos una ideología de la subversión y es la creencia de que subvertir es enfrentar la crisis. Es una creencia mágica de que sólo con subvertir se enfrenta la crisis y que ésta es una manera además positiva de hacerlo.

Esta creencia está apuntalada sobre todo en el deber. El problema es vivido como una lucha contra la obediencia. Entonces creemos que cumplir normas es obedecer y que no cumplir normas nos llevará a enfrentar el dominio de otros. La canción de Gloria Trevi, del pelo suelto, dice: "Si me dices blanco, digo negro". Y lo dice con un orgullo de rebelión enorme. No sólo es esa canción, es toda una ideología en torno a oponerse a la norma, oponerse a lo que el otro dice como algo subversivo y positivo por sí misma.

Y el éxito -no sólo de esta cantante, que además debe tener otras cualidades magníficas- es el éxito de una ideología que permite elaborar la rabia y con ello nos da el control. Lleva entonces a la creencia de que el oponernos, automáticamente es libertad.

De hecho, el problema se presenta y vivimos una enorme confusión entre obedecer a toda costa y rebelarnos permanentemente. Hay mujeres que obedecemos y obedecemos a todo, y cualquier transgresión de la norma nos da mucho miedo. Cualquier transgresión a la opinión de los otros, cualquier duda, cualquier incumplimiento del orden, lo vivimos con miedo y entonces obedecemos. Una importante cantidad de mujeres hacemos eso.
Otras, en cambio, nos rebelamos para resolver esta contradicción entre cumplimiento del deber y deseo de libertad.

Sin embargo, me parece que el problema no sólo está ahí. La mayor parte de las veces nos rebelamos ante hechos con rebeliones muy formales. Nos enfrentamos a cosas sobre todo formales, pero no a hechos más profundos que originan los hechos con los que no estamos de acuerdo.

En ocasiones nos transformamos en anti-autoritarias. En nuestra lucha contra el dominio, nos hacemos anti-autoritarias pero de inmediato también, nos transformamos en anti-autoridad y asumimos una serie de procesos del mismo signo. Por ejemplo, estamos en contra de normas disciplinarias, entonces nos transformamos en anti-disciplinarias; de tal manera, que creemos que la libertad está en no tener normas, en no tener autoridad, no tener disciplina, en no tener responsabilidad o en oponernos a lo que sea, o a los que sean por un principio de conducta. Es la oposición por la oposición.

Me parece que este tipo de expresiones políticas de enfrentamiento del dominio han sido importantísimas, tanto en las vidas de las personas mismas como en fenómenos sociales de rebelión. Efectivamente pueden llevar a la rebelión, pero es difícil que este tipo de experiencias políticas conduzcan a construir alternativas propias. También es una evidencia histórica que cuando los procesos políticos de rebelión han dejado de ser contraculturales, han podido construir culturas fuertes.

La pregunta individual o colectiva puede ser más bien elaborada en otro sentido, ¿con qué normas se está de acuerdo, con qué normas no se está de acuerdo?, ¿con qué ideas? ¿con cuáles se concuerda en parte, con cuáles no se concuerda?, ¿con qué actividades, con qué relaciones, con qué sentido de la vida?

Tenemos una visión del mundo muy cerrada que estructura la realidad como si sólo hubiera dos planos. Como si estar de acuerdo implicara no estar

de acuerdo. Nos manejamos con esta polaridad de contradicciones y eso nos daña profundamente y nos lleva a asumir posiciones muy totalizantes en la vida vivida y no sólo en las creencias y en las concepciones sobre las cosas.

Desde el punto de vista de las crisis de género o juveniles y de cualquier otro tipo, lo importante es reconocer que existen las normas y definir cuál es la relación de cada quien con las normas. También darnos cuenta que es posible construir normas individuales y colectivas. Que no se trata nada más de desestructurar sino también de estructurar algo.

En relación con la autoridad, en general nuestros conflictos se expresan muchas veces contra la autoridad institucional o contra la autoridad de personas que existen en nuestras vidas. Tal vez la pregunta sería ¿cómo ser la autoridad propia? O sea, ¿cómo dejar de estar sometidas a autoridades externas?

En torno a la disciplina -que incluye las normas- más bien deberíamos tener la capacidad de elaborar la propia disciplina. También, pensar que las cosas que nos ocurren no se deben a una sola causa, sino que hay que buscar las causas de cada hecho de la vida para enfrentarlas en su dimensión propia.

A veces pensamos que si cambiamos de persona, cambia la vida; que si cambiamos de lugares, cambia la vida. O sea, ponemos en las personas, en los lugares, la causa de lo que nos pasa; lo hacemos de manera muy unilateral. Si queremos cambiar, eliminamos personas, lugares y en el extremos, hasta nos vamos. El mundo es el que está mal y yo me voy del mundo.

No se trata de irse, se trata de construir la independencia. Se trata de ser independiente y esto no es muy sencillo, porque las mujeres estamos estructuradas para no ser independientes. Pero tenemos muchos recursos, sobre todo en la juventud, que pueden permitirnos construir la independencia.

Los límites

Los límites son un aspecto muy importante porque para poder modificar cualquier cosa de éstas que he mencionado, y para poder constituirse en la propia autoridad, hay que construir límites personales y colectivos.

En las jóvenes, por ejemplo, por su condición juvenil, por su pasado infantil y por su género mujer, hay mucha dificultad para definir los límites, porque han sido construidas ilimitadas. Las madres, tan cercanas a las hijas, las invaden permanentemente. Los otros -quienes sean- consideran que la invasión es posible.

El primer límite posible sería el límite territorial. Construirse un espacio propio, un sitio propio. En América Latina esto es muy difícil para la mayor parte de las mujeres, que viven en cuartos redondos -si es que hay cuartos- y que comparten un espacio único con todo el mundo, y entonces se cree que así ha sido y así debe ser. Pero es posible, aún en esas condiciones, construir un territorio propio y un espacio limitado.

Se puede tener un espacio propio; se pueden tener pertenencias propias. Este espacio puede limitarse a las cartas -no sé si acá se use el escribir-. Algún espacio tenemos que identificar como un espacio propio: el espacio de las propias pertenencias, el de las propia indumentaria, el de la habitación. Algún espacio tiene que ser propio y hay que construirlo.

Hay que construir algo que muchas veces no tenemos y es el espacio de la intimidad con las otras personas y con nosotras mismas. Las mujeres necesitamos comunicar las experiencias porque estamos educadas para la confesión. En la juventud es impresionante ver como no hay límites en la experiencia. La experiencia tiene que ser comunicada siempre. Antes de que un hecho ocurra ya hay que confesarlo.
No tenemos intimidad y hay que construir la intimidad.

Tenemos la cultura de confesar la vida, sobre todo los amores. Tenemos la cultura de confesarnos con los padres, con las madres; de creer que no tenemos derecho a la intimidad y al secreto.

Hay que construir el secreto para preservarnos, para contenernos, para no andar dispersas en todos allá afuera.

Esos son límites importantes. Tener derecho a guardar la propia vida. Hay que guardarla. No tiene que ser enunciada a cada momento ante nadie, ni ante las amigas, ni ante los padres, las madres, ni ante los hermanos, ni ante los novios, ni ante los visitantes nocturnos dominicales; ante nadie.

Entre los jóvenes son comunes los juegos ritualizados de confesión, que además se caracterizan por ser juegos sexuales; esos juegos de prendas en que cada quien acaba confesando su secreto más íntimo es sólo un ejemplo.

Antes de hacer algo, ya tiene que ser relatado, sería interesante que las jóvenes pudieran contener su experiencia para que puedan elaborarla, para que puedan digerirla, para que puedan pensar de una manera y al rato de otra, sentir de una manera y luego de otra, y no quedar amarradas con una sola versión de sí mismas y de lo que les ha acontecido. Sobre todo para no dar cuentas a nadie. Esto es una primera posibilidad que no implica quitarle nada a nadie. Simplemente implica un fenómeno de recuperación. Recuperar el yo para mí misma. Reconstruirme, expropiando a los otros mi "yo".

En los partidos políticos -por lo menos en México es así- los asuntos personales se discuten en asamblea. En las organizaciones juveniles o viejeriles, en las que sea, todo mundo se siente con el deseo de intervenir en la vida privada de las personas, y las mujeres acostumbradas ya a la confesión permanente, pues de inmediato nos sentimos obligadas a confesar cosas y a que otros intervengan y decidan con quién nos acostamos, con quién nos levantamos, con quién salimos, a quién vemos, o sea, una cantidad de intervenciones terribles.

Para evitar la vida intervenida lo importante es la auto-construcción de límites. Aquí se requerirían ladrillos, muchas bolsas de cemento, alambres de púas -electrificados si es posible- sobre todo para contenernos. Se requeriría la posibilidad de cerrar la puerta. Una mano que cierra una puerta construye la intimidad. Las madres jóvenes con sus hijos y sus hijas; las jovencitas con sus madres y con sus hermanos. Cada quien tiene que tener su espacio, su intimidad.

También hay que construir los límites a los otros. Ponerle límites a su capacidad de decidir sobre nuestra vida, en lo que hacemos, en lo que pensamos, en cómo vivimos. Pero eso implica enfrentar la dependencia. No se puede nada más tomar decisiones de que no nos hagan o no nos obliguen. Requiere que no seamos dependientes de quienes toman decisiones sobre nuestra vida.

La búsqueda debe ser no ser dependientes, sobre todo económicamente. En América Latina es imposible para la mayor parte de las personas sobrevivir con el salario propio -si es que se tiene salario. Eso quiere decir que a veces una persona con deseos de trabajar carga con 6-7 personas; entonces no se puede plantear la independencia económica total de nadie. Lo que se requiere es plantear la capacidad de generar recursos económicos propios y si no alcanzan, asociarse con otras personas. Esto es muy distinto que depender; muy diferente. Se pueden asociar padres e hijos, madres e hijos, hijas, hermanos.

Se requiere que cada quien sea capaz de generar recursos económicos. Y quien no pueda, tendrá que asociarse con el de enfrente para generar recursos económicos socialmente. Por ejemplo, moverse para construir un sistema de becas. Primero se resuelve en lo íntimo y en lo privado con la familia, luego se resuelve social y colectivamente en lo público.

Son pequeños ejemplos, la idea es que hay que salir de las dependencias "naturales", consideradas obligación de alguien porque sí y pasar a hacerse cargo -en la parte que se pueda- de las necesidades propias y colectivas.

Se requiere también resolver la dependencia afectiva. Esta dependencia que subordina, que impide desarrollar la independencia social. Se requiere establecer solamente relaciones de interdependencia. Ser interdependiente es muy diferente que ser dependiente. Para poder construir realmente, para poder tener control e intervención sobre la propia vida, hay que enfrentar la dependencia.

Madurar, la transgresión vital

¿Cuál es el meollo de la relación entre la obediencia y la rebelión?. Me parece que el meollo está en salir de la subversión y pasar a la transgresión. Subvertir quiere decir solamente poner las cosas al revés. En cambio, transgredir quiere decir modificar.

Desde el punto de vista de las conquistas de las mujeres jóvenes, me parece que la máxima transgresión es madurar. Madurar como objetivo de vida. Esa es una transgresión porque atenta contra el principio de la dependencia femenina. Construye la posibilidad de protagonizar la propia vida.

Madurar sería, desde una perspectiva de la condición femenina y de la condición juvenil, dejar de ser menores y dependientes. Madurar entendido como desarrollo, como crecimiento, pero también, por ser mujeres, dejar de ser para los otros. Fortalecer la autoidentidad como ente separado, diferenciado. Ponerse cada quien en el centro de su propia vida como protagonistas y como objetivo de la vida práctica, no sólo en lo ideológico. A muchas de nosotras nos pasa que podemos compartir toda esta ideología y además la decimos. Estamos de acuerdo con que somos de este modo o de este otro, pero en la práctica, en la experiencia vivida, no es tan sencillo hacer todo esto. Es muy complicado y no depende sólo de cada quien.

En las relaciones sociales hay una relación que debemos enfrentar para poder madurar como mujeres y es la relación con la madre. Todas deberíamos de tener la posibilidad de ser enseñadas para enfrentarla. Deberíamos poder compartir experiencias y entender que madurar para nosotras pasa por enfrentar esta relación.

Simone de Beauvoir escribió magistralmente este proceso. Es interesante cómo a lo largo de la agonía de su madre, logra enfrentar su propio proceso de vida. Logra dirimir lo que implica para ella ser mujer en este mundo y además resolver una enorme contrariedad que siempre tuvo con su madre. Tenía dolores, tenía rabia, tenía cosas ahí guardadas de toda su vida. El libro se llama "Una muerte muy dulce" porque ella logró enfrentar conflictos de su vida que no pudo comprender antes, pero además porque logró amar a su madre y aceptarse a sí misma en ese momento. Yo lo recomiendo para cualquier sesión de trabajo de grupo. Me parece muy interesante hacer el recorrido con ella y mirar también lo que nos acontece a cada una.

¿Qué es lo que tendríamos que entender en la relación con la madre? Que la vida de la madre es su propia vida. Es otra vida. Por nuestra percepción de lo que ha sido nuestra madre, de lo que fue o de lo que es ahora, nos sentimos obligadas -inconscientemente a ser

o no ser de ciertas maneras, a hacer o no hacer. Son definiciones personales que hacemos por cumplimiento o por oposición a la madre.

Hay quienes vivimos en la obediencia a la madre. Hay quienes vivimos vengando a la madre porque le hicieron daño o porque le hicimos daño. Hay quienes vivimos tratando de satisfacer sus deseos, sus normas y su mundo. Hay quienes al revés, nos definimos por oposición. Somos exactamente lo contrario -no por decisión sino por oposición.

En ese sentido sería preciso no actuarle a la madre; no hacer de nosotras una vida en actuación. Ni somos idénticas, ni somos absolutamente diferentes. Podríamos decir que somos diferentes-semejantes, pero construir eso implica darse cuenta de quien es quien y poner límites entre unas y otras. Igual con el padre. Igual con lo que nos han dicho que debe ser la vida, que deben ser los hombres, que debemos ser nosotras.

Entonces, en ese sentido es preciso construir la propia identidad con los límites concretos de las propias creencias, los propios juicios, las propias actitudes, las propias decisiones. En ese sentido es necesario construir la propia identidad separada y autónoma. Construirnos, como dice Agnes Heller, como mujeres particulares y semejantes a otras mujeres.

Ser independientes no quiere decir vivir solas, ni quiere decir enemistarse con nadie ni romper los lazos con todo el mundo. Ser independientes implica poder auto-reproducir la vida. Es posible ser independientes en un grupo, ser independientes en las parejas, ser independientes en las familias, ser independientes en los grupos de trabajo. La autonomía no significa ruptura con el mundo pero esto es lo que más angustia da.

Es difícil y complicado construir esa autonomía porque aunque construyamos la autonomía somos convocadas para ser dependientes. Tenemos que aprender a defendernos del llamado a la dependencia, al patriarcalismo y al maternalismo.

Muchas mujeres, que son muy independientes en muchas cosas, desarrollan la fantasía de volver a ser dependientes porque cuesta mucho trabajo [illegible] cuesta mucho trabajo estar

poniendo límites cada una a sí misma y a los demás y, además, porque todo llama a ser dependientes.

Hay una tendencia interna y externa a depositarnos en alguien, a que alguien se haga cargo de nosotras, el caso es que queremos que nos salven. Cantidad de mujeres con muchos recursos para vivir, con capacidad de independencia, se quejan del enorme esfuerzo que esto significa. Se quejan del enorme trabajo que es trabajar, moverse, estudiar. Es la queja reiterada de las mujeres, aunque estemos dispuestas a hacerlo, nos cuesta mucho trabajo, muchas energías vitales.

En las jóvenes los deseos son contradictorios y exaltados. Al mismo tiempo se dan los deseos de ser independientes y de ser dependientes; deseos de no ser invadidas con deseos de ser totalmente abiertas a los demás. Hay un desgaste muy importante de energías vitales por estar conteniendo los límites entre ambas tendencias vitales.

Para construir estos límites y para enfrentar estas tendencias es muy importante hacer el inventario de los recursos propios. Lograr en primer lugar la valoración propia. Aprender a mirarnos en otras mujeres, a oír a otras mujeres, aprender de su experiencia. No pensar que a mí no me va a pasar. Este es un pensamiento mágico importante porque es el conjuro a todo lo que vemos en el mundo. Nos defendemos pensando que tenemos posibilidades -no sabemos cuáles- de que a nosotras no nos va a suceder eso. Pero es mágico porque no hemos hecho un inventario de los recursos reales que tenemos. No sabemos si de veras estamos vacunadas para enfrentar estas cosas. Y también es importante, sobre todo en las mujeres jóvenes, hacer conciencia de la propia condición.

Otra parte de este proceso es construir la cohesión vital, la integridad interior de cada una. La cohesión y la congruencia entre nuestras concepciones del mundo y nuestros haceres en el mundo. Todos estos son procesos y son muy contradictorios, pero planteamos la necesidad de ajustar cada vez más los valores y las creencias que tenemos, las interpretaciones que hacemos de las cosas y lo que hacemos. A nivel individual es lograr, o proponernos lograr la construcción del deseo: quiero, puedo, hago. Es decir, ir construyendo una coherencia filosófica y práctica en la vida de cada quien y en la vida colectiva.

Además del trabajo y la generación de recursos para lograr la independencia, también la sexualidad constituye un aspecto central de esta coherencia. Si no se ha hecho en el pasado, debemos construir la autogestión sobre la sexualidad. Esto es un principio de la democracia: la posibilidad de decidir sobre la propia sexualidad. Puede ser que no se haya hecho antes, pero es necesario para construirnos como mujeres que no estamos ilimitadas; es necesario como personas autónomas.

En la sexualidad tenemos que enfrentar la creencia de que el cuerpo es mágico. Millones de incidentes en la sexualidad de las mujeres tienen que ver con la aplicación del principio: "a mí no me va a pasar". Incidentes de cualquier tipo -embarazos, violaciones- como si yo fuera intocable. Tenemos que hacer conciencia de que el cuerpo no es mágico. El cuerpo tiene sus formas de funcionamiento y debemos conocerlas. No podemos vivir ignorando al cuerpo y sobrevalorándolo como objeto.

En este sentido, insisto, que si ya se hizo ¡qué bueno!; y si no, hay que hacerlo. El cuerpo no le pertenece a nadie. No le pertenece a otras personas, ni a seres sobrenaturales, ni a las instituciones. El cuerpo es mío. Mi cuerpo es mío. Es mi dimensión de vida.

Hay que negarse a ser cuerpo-objeto y ser cuerpo-objeto también se expresa en cuestiones como pensar que se tiene un niño en la panza cuando se está embarazada. Al pensar que hay una persona dentro de mí, yo me vuelvo cáscara, me vuelvo objeto. Entonces tengo que tener conocimientos para saber que eso que anda por ahí es un feto. No es una persona. No es niño ni es niña. No se llama. No es. La que soy, soy yo. A mi cuerpo le pasa un embarazo; a mí me pasa un embarazo. No es que vaya cargando un niño o una niña que un día va a nacer. Este es un ejemplo de cómo los elementos del conocimiento permiten modificar concepciones que están ahí y asumir que somos personas, que somos particulares, protagonistas de nuestra vida.

Resistirse a ser cuerpo objeto significa también resistirse al abandono del cuerpo, al desprecio del cuerpo, al daño corporal. A no usar el cuerpo como dádiva ni como ofrenda, ni como la dimensión del ser privilegiada para ser evaluada; más bien asumir el cuerpo como el ámbito del ser, de la percepción del mundo.

Toda sexualidad puede ser transformada en otra cosa y no en el eje estructural de la vida de las mujeres. Dejar de ser una sexualidad siempre funcional a otro, y siempre vivida como el espacio en que los otros son y en el que las mujeres somos cosificadas.

La maternidad es otro eje fundamental de la vida de las mujeres. La maternidad también puede dejar de ser mágica, dejar de ser natural. Puede convertirse en optativa, ser una opción. Se puede decidir si la maternidad constituye o no la vida de cada quien. Hay que tener los recursos para eso y si no se tienen, hay que crearlos, hay que socializar.

Hay una tendencia mundial a tratar de bajar las tasas de natalidad. Yo sé que aquí hay gran cantidad de mujeres que tienen muchos hijos y trabajan, han estudiado, han sido jefas, han hecho muchas cosas y han sido madres y son, además, prolíficas. Pero es importante saber que es posible regular esta maternidad y que puede ser desarrollada en las mejores condiciones relativas a cada quien.

Para las jóvenes es importante saber que pueden decidir cuándo les conviene tener hijos. Los hijos no siempre son convenientes. Se puede decidir si queremos o no hijos y la decisión en torno a los hijos es una de las decisiones políticas más importantes que podemos hacer las mujeres. Pero, además, los hijos pueden ser pensados de otra manera. Pueden ser pensados y deseados por sí mismos. Esto también sería una revolución cultural. Y la maternidad puede ser decidida y deseada por sí misma, por lo que significa para mi vida. La maternidad puede convertirse en un derecho de las mujeres y no una obligación mítica e idealizada.

Los hijos por sí mismos no son para establecer vínculos. Los hijos por sí mismos no son para juntar a otros. Los hijos por sí mismos no son la continuación de otras personas: de los amados o de las que estamos enchufadas. No son eso. Los hijos tampoco son para realizar mi futuro. Los hijos no son para acompañarme en la vida. No son un seguro social para la vejez.

Esto significa reformar el sistema socioeconómico en el cual vivimos en el que los hijos son seguro social, son "generación de relevo", son futuro, son la prolongación de alguien. En suma, un sistema donde los hijos no son. En una nueva maternidad, en una maternidad distinta

de mujeres para sí mismas, los hijos son personas autónomas cuya vida es para ellos.

Las hijas no son lo que he señalado ni tampoco son las acompañantes de sus madres. Sobre ese tema recomiendo la novela de Laura Esquivel, "Como agua para chocolate", cuyas personajes principales son una madre y una hija. La madre escoge a esa hija para que la cuide toda su vida y la construye como su cuidadora.

Las hijas no son para que nos carguen en la vejez. Las hijas no son nuestras sirvientas; y las que tengan hijas chiquitas, no les pidan el vaso de agua que está allí. Las hijas no son madres chiquitas. Las hijas son mujeres-niñas, están creciendo. Están ocupadísimas en crecer y no están para traernos cosas, no están para servir a las madres.

Los hijos tampoco son la realización del fantasma; los hijos son para sí mismos. Tendrán que tener o no, según sus propias opciones y por otro lado, sus cónyugas o sus cónyuges.

La maternidad como opción y la maternidad que no destruye, requiere de condiciones importantes. Efectivamente hay que cuidar, efectivamente hay que resolver necesidades, pero éstas pueden ser resueltas colectivamente. Alejandra Kolontay planteó la posibilidad de construir maternidades sociales, es decir, que la sociedad en su conjunto se hiciera cargo de los menores. Pero si no estamos en esa línea, pues por lo menos crear lo que Martha Moia llama "los ginecogrupos". Eso sí se puede. Nada más hay que convencer a dos o tres. O sea, pasar del aislamiento individualista que privatiza la maternidad y el cuidado -la crianza sobre todo- a la posibilidad de asociarnos con otras mujeres semejantes para realizar la crianza alternándonos, compartiendo las actividades y la carga que eso significa, pero también la experiencia.

Pero mejor todavía, según las circunstancias de cada quien, hacer grupos mixtos de crianza, donde hayan hombres y mujeres criando comunitariamente. Las comunidades pueden hacerse entre amigas, amigos, parientas o parientes, con compañeros y compañeras de trabajo, con organizaciones.

Asumir, por lo menos con quienes estemos de acuerdo, que no es posible individualizar la crianza. No sólo no es posible, sino que además

es dañino e impide -en el caso de las jóvenes- su desarrollo. Es necesario crear esas redes de relaciones sociales para que las jóvenes tengan tiempo para hacer otras cosas, además de criar. Porqué tampoco se trata de abandonar a los hijos. Hay millones de niños abandonados en las calles de América Latina. No se trata, como muchos quieren creer, que quienes nos oponemos a la maternidad compulsiva, estamos a favor del abandono de los niños. Esos dicen: son unas brujas que quieren abandonar a los niños. No. Queremos hacernos cargos en las mejores condiciones de ellos y de nosotras y de los hombres también.

Es importante hacer un esfuerzo grande por lograr incorporar la crianza a la paternidad: en lo social, en lo jurídico, en la vida personal y en la vida cotidiana. Combatir la idea de que la crianza es femenina y poner en práctica que la crianza es asunto de todas y de todos.

Con esto podríamos hacer una revolución social. Hacer todo esto implica cambiar el mundo. Implica transformar el criterio de propiedad de las personas, dejar de pensar que nuestros hijos son sólo asunto nuestro y poder pensar que las criaturas son asunto de todos y de todas.

La construcción de la independencia

En la relación con los adultos y con las adultas, -más que las subversiones a sus normas, a sus intereses- me parece que es importante construir la independencia en relación a ellos. Es importante tener la capacidad de aprender de los adultos, pero también es importante que los adultos comprendan que pueden aprender de los y las jóvenes.

En relación con los hombres -para las mujeres jóvenes- tampoco se trata de verlos como los malditos, diabólicos y satánicos. Los hombres existen, afortunadamente. Y los hombres forman parte importante de nuestras vidas. También sería importante pensar que los hombres son algo más que las fantasías que tenemos de ellos, y luego atrevernos a descubrirlos y a redefinir el lugar que ocupan en nuestras vidas.

No es posible que las vidas de las mujeres estén centradas en las vidas de los hombres. No es posible. Los hombres acumulan una cantidad de energía social enorme -la suya propia y la del ejército de mujeres que tienen alrededor cuidándolos, pensando en ellos, dejando de pensar, amándolos, odiándolos, dándoles. No es posible. Si quitáramos un poquito

de esa energía vital y la destináramos a ocuparnos de nuestra vida, a lo mejor, tal vez, incluso las relaciones con los hombres serían mucho más relajadas. Por lo pronto dejarían de tener los enormes poderes que tienen sobre nosotras.

Plantear este tipo de modificaciones a la vida no está en la línea del sexismo. No es una visión al revés. No se está planteando la exclusión, la segregación, la discriminación de los hombres. Es exactamente lo contrario. Lo que se está planteando es la valoración real de los hombres y modificar las relaciones de subordinación y dependencia que tenemos con ellos

El adultismo y el papel de los adultos en el desarrollo del liderazgo juvenil

John Bell

En: Dorothy Stoneman & John Bell,
MANUAL DE DESARROLLO DE LIDERAZGOS DEL PROGRAMA DE ACCION JUVENIL DE LAS ESCUELAS NEGRAS DEL ESTE DE HARLEM,
Nueva York, 1988.

El adultismo y el papel de los\as adultos\as en el desarrollo del liderazgo juvenil

Antes de abordar de lleno los aspectos específicos del desarrollo de una organización juvenil, es importante hablar sobre los adultos involucrados en ello. Es difícil sobrestimar o sobrenfatizar la importancia de que los adultos puedan apoyar, apreciar, educar, animar, escuchar, aconsejar e inspirar a las\os líderes jóvenes. A las\os adultas\os se les asocia en gran medida con figuras de autoridad y supervisión. Son pocas las relaciones de amistad verdadera entre adultos y jóvenes. Con frecuencia los\as jóvenes anhelan conocer a una persona adulta a quien poderle hacer confidencias, quien les pueda ayudar a salir de la confusión propia de los momentos de búsqueda, y quien los/as respete y anime a pensar.

La opresión de las\os jóvenes

Para tener éxito en apoyar el desarrollo de liderazgo de los\as jóvenes es importante entender que son un grupo oprimido: los\as jóvenes son maltratados\as e irrespetados\as por el propio hecho de ser jóvenes.

Entendemos aquí por "opresión" el maltrato sistemático de un grupo de personas por otro o por la sociedad entera y que se encuentra reforzado por las instituciones sociales, las leyes, las costumbres y las actitudes.

Todas\os hemos sido oprimidas en distintas situaciones: como mujeres, como trabajadores, como personas de color, como judíos, como homosexuales o lesbianas. Independientemente de que pertenezcamos a cualquiera de estos grupos, todas\s fuimos oprimidas\os como niños y como jóvenes.

Viéndolo bien, con excepción de los prisioneros y otros grupos institucionalizados, las\os jóvenes se encuentran bajo mayor control que cualquier otro grupo en la sociedad. La mayoría de las\os jóvenes recibe órdenes respecto a qué comer, qué usar, cuando acostarse, cuando hablar, cuando ir a la escuela, qué amigos son apropiados y cuando tienen que regresar a la casa (si es que los dejan salir). La mayoría de ellos\as tienen poco o ningún control sobre el dinero; sus opiniones no son valoradas; se les castiga al gusto y antojo de los adultos; se considera que son emocionalmente inmaduros.

Si la anterior descripción correspondiera a un grupo de adultos, todos estaríamos fácilmente de acuerdo en que su opresión es total. Pero las personas adultas no consideran opresivo este tipo de trato a los\as jóvenes porque la mayoría de nosotras\os fuimos tratada\os de la misma manera y continuamos tratando a los\as jóvenes de la misma forma adultista. Por esta razón necesitamos desentrañar el adultismo.

Las entrañas del adultismo

La esencia del adultismo es el irrespeto a los derechos elementales de las personas. Se considera que los\as jóvenes son menos importantes e incluso inferiores a los adultos. Ni siquiera se confía en que se desarrollen correctamente, así que se les debe enseñar, disciplinar, castigar y guiar en el mundo de los adultos.

Ejemplos de adultismo: algunas frases comunes

Notemos que estas frases son esencialmente irrespetuosas:

* "Sos muy inteligente para tener 15 años"
* "Sos un idiota" (o dundo, desconsiderado, etc.)
* "Sos demasiada grande para eso" o "No sos lo suficientemente mayor"
* "Qué sabés vos de eso, todavía no has tenido suficiente experiencia"
* "Ese es amor de niños"

¿Cuáles son los supuestos que existen detrás de cada una de estas preguntas? ¿Cómo harían sentir a una persona?

Ejemplos de adultismo: algunas situaciones frecuentes

* El trato abiertamente opresivo: abuso físico y sexual de las\os jóvenes; apaleadas y otros tipos de castigo físico.
* Un amplio espectro de castigos y amenazas psicológicas: sacudirlos o gritarles; intimidarlos o culpabilizarlos; encerrarlos en un cuarto; negarles amor, la cena, ciertos privilegios, etc. Es más, si la gente joven protesta contra el maltrato, el castigo muchas veces se prolonga.
* Se les niega controlar y opinar sobre la mayor parte de las decisiones que afectan sus cuerpos, su espacio y a veces, hasta sus posesiones.
* La mayoría de los adultos piensan que ellos pueden levantar a los niños\as, besarlos o jalarles los cachetitos, tocarles el cabello, sin que sean caricias mutuas o sin preguntarles.
* La mayoría de los adultos le hablan a los\as niños\as como si ellos\as no supieran nada.

En general los\as adultos\as realmente no escuchan a las\os jóvenes. No toman las preocupaciones de los\as jóvenes con la misma seriedad con que toman las de un adulto y casi no escuchan sus opiniones con el mismo respeto con que escuchan las de los adultos. En cambio, sí se espera que los/as jóvenes le pongan atención a los adultos todo el tiempo.

Ejemplos en la vida escolar

En la escuela la vida de los estudiantes está sujeta a muchos tipos de control: detención, suspensión, expulsión y otras sanciones. Cualquier comunidad ciertamente necesita seguir ciertas reglas, pero el hecho es que las reglas en la mayor parte de las escuelas son impuestas por las personas adultas sobre los\as jóvenes.

Veamos los siguientes ejemplos:

* Los\as profesores\as a menudo les gritan impunemente a los\as estudiantes, mientras que a ellos sí se les castiga si le gritan a un profesor\a.
* Si en determinada situación se confronta la palabra de un\a estudiante contra la del profesor\a, es a la persona adulta a quien las autoridades le dan credibilidad.
* A la\os jóvenes se les castiga, a veces, al gusto y antojo de los adultos. Es más, si el estudiante protesta contra el maltrato, muchas veces se incrementa el castigo.
* Se puede observar en muchas ocasiones que los profesores\as les arrebatan cosas a los estudiantes sin antes pedírselas, algo que no le harían a otra persona adulta.
* A los\as jóvenes se les ordena hacer cosas o se les imponen reglas sin mayores explicaciones.
* Las\os jóvenes no tienen poder real en la toma de decisiones que afectan su vida en la escuela.

Adultismo social

Para los\as jóvenes las leyes son diferentes. Ellos\as no tienen ni los mismos derechos ni la misma protección que tienen los adultos\as.

Los textos sobre desarrollo infantil están plagados de datos desinformativos que subestiman lo que los\as jóvenes son capaces de hacer. Por ejemplo, en un libro de texto clásico utilizado por muchos estudiantes del desarrollo infantil, la autora afirma que los dolores físicos son las únicas causas que pueden hacer llorar a un bebé menor de seis meses. Dice que un infante no tiene heridas emocionales antes de esta edad porque "la inteligencia del infante aun no desarrolla el aparato cognocitivo que da lugar a las respuestas emocionales". La mayoría de los padres saben que esto no es así.

Numerosas generaciones de jóvenes han crecido de acuerdo a las "leyes científicas del desarrollo humano" del mundo occidental según las cuales un bebé se sienta a los seis meses, camina a los doce, y habla a los 24 meses. Sin embargo, en ciertas culturas africanas recientemente estudiadas, estos pasos suceden a una edad mucho más temprana. Esta evidencia parece indicarnos que por lo menos gran parte del mundo comparte una creencia que subestima y limita el potencial de los seres humanos.

El mundo adulto, de manera lenta pero segura, impone sus miserias sobre el sentido de unidad, reverencia por la vida, cooperatividad, goce por la vida, interrelación profunda con las personas, altas expectativas y habilidad de expresar totalmente los sentimientos propios de la juventud.

Cuando niños\as muchos de nosotros escuchamos a los adultos decir "crecer significa renunciar a muchas cosas, así que será mejor que ya te vayas acostumbrando". Pero por lo general, dicen

esto debido al cúmulo de frustraciones, pérdidas, desilusiones, amores no correspondidos y otras experiencias igualmente dolorosas que han experimentado. Sin embargo, es una actitud que muchos jóvenes se ven forzados\as a aceptar.

Especialmente a través de la escuela, los\as jóvenes se van condicionando a aceptar que otros evalúen su trabajo, sus actuaciones, su manera de pensar y eventualmente, a ellos mismos.

En la mayoría de las sociedades no se asigna un papel productivo o de responsabilidad a los\as jóvenes: hay poco empleo para ellos, no existe una verdadera política de liderazgo que beneficie a los jóvenes, no existen puestos de poder político para ellos, en suma, no se espera que los\as jóvenes contribuyan mucho a la sociedad.

Por otro lado, son grandes las ganancias provenientes del "mercado" juvenil: las industrias manufactureras y del entretenimiento manipulan estilos, modas, popularidad y demás aspectos de la cultura de masas.

Un espejo

Un espejo útil para reflejar lo que cada uno de nosotros tiene de adultista es preguntarse: "¿Tratarías a un adulto de la misma forma? ¿Le hablarías a un adulto en este tono de voz? ¿Tomaría yo esta decisión por un adulto? ¿Limitaría la conducta de un adulto de esta misma manera? ¿Escucharía el problema de un adulto de esta misma manera?", etc.

Los orígenes del adultismo

La mayor parte del maltrato que los adultos damos a los jóvenes no se hace concientemente, ni mucho menos con la intención de oprimir. Los adultos pensamos que los jóvenes son nuestro tesoro natural, nuestros futuros líderes, nuestros valiosos descendientes. ¿A qué se debe, entonces que los adultos irrespetemos los derechos más elementales de los jóvenes?

Sin entrar en mayor discusión, basta con que revisemos nuestras propias experiencias como jóvenes. De niños\as nosotros pasamos por lo mismo. El maltrato, irrespeto y dolor que recibimos nos han hecho internalizar estas actitudes. Hemos estado tan empapados de estas experiencias que hemos llegado a creer que son normales. Así que cuando llegamos a ser adultos, inconscientemente tratamos a los jóvenes de la misma forma que fuimos tratados. Esto es lo que hace que el adultismo sea una experiencia común y aceptable. Como adultos no tenemos la culpa de que así sea, pero sí tenemos la responsabilidad de cambiar estas actitudes.

La relación con otros tipos de opresión

Hay otra razón por la cual debemos entender y cuestionar el adultismo. Con toda la opresión que recibimos como jóvenes, hemos

perdido mucho de nuestro poder humano, acceso a nuestros sentimientos, confianza en nuestras capacidades, y el gozo de vivir. El constante dolor que experimentamos como jóvenes nos condiciona para que al llegar a ser adultos aceptemos más maltrato como mujeres, personas de color, trabajadores, etc. O nos hace oprimir a otros\as con relativamente menos poder que nosotros. Por ejemplo, aquellos hombres que fueron oprimidos cuando eran niños se convierten en opresores de las mujeres.

El adultismo sienta las bases para que aceptemos todas las otras formas de opresión. Es más, como todo ser humano ha sido víctima del adultismo, es la forma de opresión más dañina, complicada y difícil de erradicar.

Pistas para nuestro trabajo con jóvenes

Para que las\os jóvenes se liberen de este tipo de opresión es necesaria la participación activa de adultos aliados. El punto de partida es entender que nosotros actuamos en formas adultistas ahora porque fuimos maltratados e irrespetados cuando éramos niños y jóvenes.

A medida que las\os jóvenes vayan construyendo su propio liderazgo, demandarán que los adultos veamos qué hacer con nuestras propias actitudes adultistas. Esto requiere de una vigilancia constante. Vamos a tener que cuestionarnos los unos a los otros, escuchar a los\as jóvenes cuando nos señalen nuestros errores, y ayudarles a tener conciencia del adultismo que ellos mismos han internalizado.

A continuación presentamos algunas pistas que nos pueden ayudar:

* Escuchá a las\os jóvenes. Escuchalas\os de verdad. En particular, escuchá sus opiniones, experiencias y sentimientos de lo que significa ser joven.
* Colgá la toalla. Dejá que las\os jóvenes tomen sus propias iniciativas.
* Valorá y reconocé sus opiniones y aportes. La invalidación es el tipo de irrespeto que más les ha afectado.
* Tenés que estar dispuesta\o a permitirles cometer errores. La puesta en práctica de las ideas no siempre resulta exitosa. Aprenderán. Tenemos que estar dispuestos a apoyarlas\os en su desarrollo como líderes.
* Necesitamos revertir las relaciones de poder siempre que sea posible. Por ejemplo, podemos refrenarnos de usar nuestra autoridad, de tomar decisiones finales, de ser el poder tras el trono de las\os líderes juveniles.
* Al mismo tiempo, no se les debe confiar a los\as jóvenes posiciones de liderazgo y la toma de decisiones importantes sin antes prepararlos\as y capacitarlos\as. De no ser así, los estaríamos lanzando a una experiencia de frustración, confusión, fracaso y humillación. Esto también es adultismo.
* Necesitamos respetar a los\as jóvenes siempre; no importa la edad que tengan, y esperar que ellos\as se respeten entre sí

a todas las edades. Este es el punto de partida para revertir la opresión internalizada.

* Necesitamos esperar mucho de ellos\as y hacer un estimado actualizado de sus capacidades. No hay que subestimar sus capacidades y estar listos para ayudarles cuando se encuentren en dificultades.
* No necesitamos descargar nuestro descontento en ellos\as, esto es lo que otros adultos hacen todo el tiempo. Lo único que conseguimos con esto es aumentar el dolor. Descarguemos nuestro descontento de otra manera.
* Necesitamos darles a las\os jóvenes información verdadera sobre cómo funciona el mundo, sobre nuestras experiencias, el sexo y las relaciones de pareja, sobre la contribución que ellos\as hacen a la humanidad, etc. Evitemos mentirles.
* Necesitamos ser pacientes con nosotros mismos cuando volvamos a nuestros hábitos adultistas sin darnos cuenta. Desaprender esos hábitos toma algún tiempo. Es bueno que valoremos el esfuerzo que estamos haciendo por cambiar. Evitemos culpabilizar tanto a otras personas como a nosotros\as mismos\as.

Una política apropiada

Ciertamente queremos evitar el extremo de la autoridad adultista, pero también queremos evitar el extremo de las personas que dicen que "cualquier cosa que hagan las\os jóvenes está bien." La opresión ha afectado a los\as jóvenes en distintos grados dejándolos con sentimientos irracionales, tendencias a actuar de acuerdo a su dolor e información errada. Sin pistas claras, estas tensiones pueden restarle fuerza a cualquier esfuerzo humano.

Una política apropiada en nuestro trabajo consistiría en esperar de las\os jóvenes lo siguiente:

* Tratarse con nada menos que absoluto respeto entre sí.
* No solamente reaccionar sino pensar.
* Hacer aquello que mueva las cosas hacia adelante.
* Ser valioso, honesto y confiable en las relaciones de unos con otros.
* Anteponer los intereses de grupo a sus propios intereses (en la mayoría de los casos).
* Cuidar los unos de los otros.
* Luchar contra todo aquello que nos mantiene divididos.

La liberación de las\os jóvenes es la clave

Si el maltrato a los\as niños\as y a las\os jóvenes puede detenerse, es improbable que la humanidad tolere otras opresiones porque ninguno de nosotros estaríamos condicionados a aceptar la indefensión y el irrespeto.